

Como los pájaros
aman el aire

MARTÍN CASARIEGO

Nuevos Tiempos **Siruela**



Martín Casariego

Como los pájaros aman el aire

 Siruela

Nuevos Tiempos

Edición en formato digital: octubre de 2016

En cubierta: fotografía de © Meredith Adelaide
/ Stocksy United

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Martín Casariego, 2016

Por mediación de MB Agencia Literaria, S. L.

© Ediciones Siruela, S. A., 2016

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de
reproducción, distribución, comunicación pública o

transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
www.siruela.com

ISBN: 978-84-16854-91-2

Conversión a formato digital: María Belloso

Índice

1. El barrio
2. Transformarse en fantasmas
3. Cuánto y qué pronto olvidamos
4. Buscando
5. Un campo con velas
6. El fotógrafo y la modelo
7. Ochenta
8. Chinchas y farolas
9. Por el amor de una rosa
10. Alguien a quien amar
11. Un tesoro

12. La enfermera
13. Algo a cambio
14. Pálida y con cicatrices
15. El presente es un regalo
16. Un trocito de tarta
17. Unas manos bajo la mesa
18. Como los pájaros aman el aire
19. Una vela en Madrid
20. Con los cinco sentidos
21. Irenka1
22. El centinela inmóvil
23. Una visita intempestiva
24. Su vida culminó cuando conoció a Betty
25. Una vida triste y absurda
26. Un cuaderno de tapas verdes
27. El retrato 80
28. El contacto de unos labios en una mejilla
29. Vas a un funeral y estás feliz

*Enciende una vela cuando te
enamores y apágala cuando
la mujer de la que te has
enamorado se enamore de ti,
porque ya no necesitarás
otra luz que la de sus noches.*

PE CAS COR

*Para Mayte, que siempre me pareció un
poco rusa,
o lituana.*

MARTÍN CASARIEGO

El barrio

En el barrio algunos nos llamaban el fotógrafo y la modelo.

Es cierto que le hice bastantes fotografías, y que la mayoría fueron de la clase que imaginaban quienes apenas nos conocían más que de vista, pero las que verdaderamente me interesaron no

eran así.

Escogí vivir en aquella zona deteriorada y multicolor no solo por el precio de los alquileres, sino también por cortar en seco con mi pasado. Había llevado durante mucho tiempo una vida de plástico. Ahora, de querer ser lo que parecía, había pasado a preferir parecer lo que era; de hablar a los demás, a hablarme a mí mismo. Allí no me encontraría jamás a mi antigua esposa, ni a mis antiguos amigos (por llamarlos de alguna manera), ni, desde luego, a los compañeros de mi anterior trabajo, que había cambiado por uno más tranquilo, aunque mucho peor pagado.

El apartamento tenía unos treinta metros cuadrados, más el dormitorio de la planta alta, abuhardillado. En él, cuando terminaba de subir la escalera, debía agacharme. Un ojo de buey, en la pared a la que estaba arrimada la cama, proporcionaba una amplia vista de una parte de Madrid, un Madrid sin rascacielos que semejaba un inmenso pueblo cubierto por una lluvia de tejas y vigilado por un ejército de antenas.

Lo que le daba vida a mi pequeño piso era una terracita rectangular abierta en el tejado. Si me encaramaba al borde de este, la vista de Madrid se perdía en el horizonte. Nunca había estado en Argel,

pero la primera vez que me senté allí pensé, sin saber realmente por qué, en aquella ciudad. Quizá me recordara alguna imagen de *La batalla de Argel*, que había visto en el Griffith. Veía las tejas, la ropa tendida, una bandera pirata en el tejado de enfrente, a la que la brisa hacía flamear, las plantas y macetas, y me sentía en paz.

En el tiempo de dolor y soledad comprendido entre mi separación y la enfermedad y muerte de Gafas había aprendido a querer mi barrio. Una noche me entretuve, callejeando hacia casa, en hacer una relación de lo que iba distinguiendo en el suelo, desde vómitos

y latas hasta preservativos y excrementos, y lo encontré casi arqueológicamente instructivo, en lugar de asqueroso, sin más. Me gustaban sus calles, una librería-café, atestada de libros, en la que a veces compraba una novela y tomaba algo en una mesa a la entrada, ciertos bares y cafés, como el Nuevo Café Barbieri, con sus espejos y mesas de mármol y sillas de madera y columnas de hierro fundido y canapés de terciopelo rojo, en la esquina de Primavera y Ave María. Ya ni siquiera me repugnaba tanto el hedor a orines de la calle Primavera, apreciaba tener tan a mano la Filmoteca, o encontrarme en la

calle Salitre con el club de fumadores de marihuana con la hoja de marihuana de metal colgada de la fachada, a modo de reclamo o anuncio medieval. Además de español, se oía hablar chino, indio, árabe, rumano, diversas lenguas africanas que no identificaba. Había mudanzas y pequeñas obras constantemente, negocios que abrían y cerraban, y a todo lo envolvía un paño de provisionalidad. De unos años para acá los robos proliferaban, aunque últimamente habían descendido gracias, en parte, a las cámaras instaladas en muchas esquinas. Salía del metro y bajaba hacia la plaza por la calle del

Ave María, donde, fantaseaba, más de uno había rezado sus últimas oraciones, o por la del Olivar, si tenía ganas de variar un poco, entre restaurantes asiáticos, tiendas de chinos, locutorios, verdulerías con especias y frutas exóticas, y a menudo me cruzaba con algún borracho que insultaba a voces a alguien, real o imaginario, o con un loco que pregonaba su suerte por haber conocido en persona a Dios. Pensaba entonces que estaba donde debía estar.

Lo cual no era, sin embargo, ni un consuelo ni una alegría.

Transformarse en fantasmas

Callejeaba, pues, por ese barrio lleno de cuestras, por la calle Buenavista, la más empinada, con su hermosa curva de río, o por Argumosa, a la que llamaban la Playa por sus numerosas terrazas, por lo general abarrotadas, y con frecuencia me animaba a formular a gente diversa

(hombres, adolescentes, mujeres, niños, viejos, españoles, extranjeros) una insólita petición: que se dejara fotografiar con unas gafas, unas gafas llamativas por anticuadas, de pasta, grandes y oscuras, provistas de gruesos cristales de miope. Unas gafas pasadas de moda.

Los cristales tenían forma de lágrima, una lágrima enorme y torcida. Pero, curiosamente, las fotos no me parecían tristes. Tampoco alegres.

Aquella colección de fotografías no empezó bien. El primer intento lo hice con el encargado del taller al que había llevado mi coche, un Ibiza abollado de

segunda mano con el que me había encariñado, quizá porque no tenía ninguna relación con mi vida anterior, o porque había viajado con él a menudo para ver a mi padre.

La semana previa había estado con mi hermana en la casa de nuestro padre, recién muerto, para vaciarla. Nos repartimos algunos de sus efectos personales. Yo me había quedado con sus gafas.

Estaba a solas con el encargado en la oficina, pequeña y nada acogedora y descuidada, esperando a que me entregaran el coche, que se había averiado al regresar precisamente de

ese viaje, cuando metí la mano en el bolsillo del abrigo y me encontré con los anteojos. Obedeciendo a un repentino impulso, dije, sacándolos:

—¿Se puede poner estas gafas para que le haga una foto?

El hombre, un tipo fornido (como solemos imaginarnos a los mecánicos), que no llevaba un mono azul manchado de grasa, sino una chaqueta barata de espiguilla y de color apagado, se quedó por un segundo desconcertado. Y luego se puso en pie rojo de ira.

—Pero ¿tú eres maricón, o qué te pasa?

Ahora el desconcertado era yo. ¿Cuál

había sido mi error? ¿Proponérselo a solas, en aquel cuchitril travestido de oficina, con un teléfono viejo y un ordenador y una impresora y un calendario de una chica en bikini con el culo en pompa? Una chica preciosa, todo había que decirlo, aunque un tanto ordinaria, si acaso.

¿Y a qué había venido una petición tan extraña, tan fuera de lugar?

—No —dije sin levantarme, para no incitar al otro a una pelea—. No es eso.

Sin perder la dignidad, aunque ofendido por su tono, improvisé algo sobre mi padre, sobre las gafas, la muerte, el recuerdo y la memoria, y

sobre cómo nuestros seres queridos, cuando dejamos de verlos, empiezan a diluirse, a desvanecerse, a transformarse en fantasmas, hasta volverse irreconocibles. Entonces, proseguí, reprochándome el ser un cobarde y no dar un guantazo a aquel cretino que me escuchaba como si le hablara en chino mandarín, entonces, cuando se han convertido en una especie de niebla, solo nos quedan las fotos para intentar devolverles su forma. En realidad pensaba, en medio de mi confusión, que si acababa a malas con aquel hombre mi automóvil reventaría en cualquier carretera, víctima de un sabotaje.

Ambos terminamos disculpándonos. El encargado incluso se declaró dispuesto a ponerse las gafas, pero se me habían quitado las ganas de empezar mi serie (pues en medio de aquel altercado había tenido la revelación de que debía hacer toda una serie) con aquel bruto, aunque al final hubiera demostrado ser un bruto con buen corazón.

¿Era todo el mundo, en el fondo, bueno?

Por supuesto que no, aunque fuera tentador pensarlo.

De vuelta a casa, la idea de hacer retratos de gente con las gafas de mi padre fue afianzándose. Quizá

expresaría así que todos vemos borrosa la realidad, que todos necesitamos lentes para corregir nuestra visión difuminada e imprecisa del mundo y de nuestra existencia. O quizá esas fotos, cuando las tuviera, no querrían decir nada. O a lo mejor lo descubriría más adelante, cuando mi serie estuviera más avanzada. Pensaba que había dos clases de artistas: los que mostraban la vida y dejaban elegir el camino al público, y los que mostraban un camino, olvidando la complejidad de la vida y señalando a los espectadores por donde deberían ir. Y a mí, sin duda, me gustaban mucho más los primeros.

Un par de días después del incidente con el mecánico, una mendiga vieja con la cara chupada me pidió una limosna.

—De acuerdo —dije—. Pero no soy su hermano, así que tiene que darme algo a cambio. Quiero hacerle una fotografía con unas gafas.

Se las caló. Abrió la boca, en un remedo de sonrisa. Le faltaban varios dientes. Su retrato inauguró la serie, y la serie, el ir siempre con la cámara y haciendo esas fotos extrañas, me convirtió en alguien conocido en el barrio, un tipo chiflado y pintoresco, o un artista, cuando no ambas cosas a la vez. Muchos me saludaban por la calle,

porque les había fotografiado, y en cierto modo, como aquella hoja metálica de marihuana, formaba parte de la decoración urbana. Pero en el fondo era un cuerpo extraño. Seguía completamente solo, cautivo de la miseria y de los hierros.

Tras hacer la foto a la pordiosera, pasé ante una juguetería y me quedé mirando un tren en el escaparate. Recordé un mercancías que Gafas me había traído de Francia. A menudo, en mis juegos infantiles, diminutos soldados Airfix tendían una emboscada a ese tren. ¿Sería de la misma marca que el del escaparate? ¿Qué había sido de

aquellos vagones, de la locomotora, los raíles, las casitas, la chica que paseaba a un perro y el niño que montaba en bicicleta? ¿Cuándo me deshice de ellos? Como el cine, me habían hecho soñar con otras vidas.

Abrí la puerta de mi piso envuelto todavía en los vapores de la infancia, con el peso de saber que dentro nadie me aguardaba.

Cuánto y qué pronto olvidamos

En la oficina, en los bares, en las plazas, las conversaciones giraban en torno a la crisis, el paro, el fútbol, los nuevos partidos políticos y la corrupción. Desde mi separación andaba escaso de dinero, y cuando me agobiaba me

acordaba de mi padre. Gafas me diría: ¿te parece que esto es una crisis? ¿Te parece que vives mal? Anda, piensa un poco, hijo.

Mi abuelo paterno había sido jugador y putero. Tuvo tres hijos. A veces a Gafas, que era el menor, lo dejaba esperando a la puerta de un burdel. Mi abuelo abandonó a su esposa y a sus hijos en 1935. En 1936, nada más estallar la guerra, huyó, pues lo buscaban para matarlo, y nunca más se supo de él. Mi abuela emigró a Burdeos, donde tenía una prima, y al poco de llegar a Francia falleció. Su prima crio a mi padre y a sus hermanos.

El mayor, mi tío, comenzó a trabajar con nueve años en una taberna, y mi tía a servir con ocho en una casa, para pagar los estudios del pequeño, mi progenitor. A Gafas su hermano mayor le llamaba cariñosamente Ardilla, y desde esa edad, cinco años, fue como un padre para él.

Así que cuando empezaba a agobiarme por asuntos en el fondo de poca monta, pensaba en la historia de mi padre y volvía a ser consciente de que, aun con poco dinero, era un privilegiado que vivía en una zona privilegiada del mundo.

Nuestra madre había fallecido hacía

años de repente, tal y como había vivido: discretamente, sin molestar. Mi padre se iría desdibujando, como se había ido desdibujando ella. Cuando murió Gafas, quince meses antes de que yo conociera a Irina, mi hermana dijo:

—Mamá llevaba tiempo llamándole.

Yo no creía en esas cosas. Sentí un vacío terrible, aún más hondo que con la muerte de mi madre, porque ahora estaban muertos los dos, los únicos testigos de toda mi vida. Con ellos había perecido una parte de mí. ¿Quién me iba a querer de esa manera, quién durante tanto tiempo, quién me había visto crecer? ¿Quién iba a recuperar los

recuerdos que con ellos se habían esfumado para siempre, trozos de mi vida? ¿Quién, al mirarme, iba a ver al niño que fui? Nadie, y de nada valía quejarse. La vida dio, la vida quitó.

La mayoría de sus pertenencias las metimos en unas bolsas de basura y las tiramos. Me quedé con las gafas porque únicamente yo le llamaba Gafas; lo hacía no porque siempre las llevara, sino porque me ayudaba a enfocar la realidad.

Había sido un año para olvidar; en otras palabras, un año inolvidable. Arrancó con la separación de mi mujer en enero y acabó con la muerte de mi

padre en diciembre.

Paula, con la que llevaba veinte años entre noviazgo y matrimonio, mi única novia formal, mi única esposa, me abandonó por uno de mis mejores amigos. Yo le había metido en mi oficina y en mi casa (eso era quizá lo que más me había dolido, haber sido tan imbécil), y acabó quedándose con todo: con la mujer, con los hijos, con el chalé, hasta con el coche y con los demás amigos, que se habían enterado de lo que ocurría delante de mis narices antes que yo. Ninguno me avisó. Una historia tantas veces oída que creemos que es una leyenda urbana, hasta que te sucede

a ti.

¿Fui el último en enterarme, o no me había querido enterar? De cuando en cuando me preguntaba eso. ¿Había enceguecido o había cerrado los ojos?

Pasé página. Dejé la empresa y busqué un apartamento barato en un barrio que me aislara de mi vida anterior. Como además no quería estar demasiado lejos de mi nuevo trabajo, elegí Lavapiés. A veces veía a uno o a varios negros o magrebíes contra la pared, con dos policías que les pedían la documentación, y esa imagen me parecía triste y dolorosa más allá incluso de los individuos concretos, porque hablaba de

dos mundos, de dos continentes, de dos miedos.

Las primeras noches dormí sobre un colchón en el suelo, rodeado de cajas que me veía incapaz de abrir y con un viejo televisor siempre encendido y mal sintonizado al que no prestaba atención. Un televisor de otra época que zumbaba como una abeja, una terrorífica pantalla llena de puntos blancos y grises.

Había leído en una guía de Roma, y ahora lo recordaba, que antes de ser quemado Giordano Bruno había afirmado que el alma humana era, por especie y por naturaleza, la misma que la de las moscas, las ostras marinas y

las plantas. Abatido, le daba la razón y pensaba que no era superior a una mosca, una ostra marina o una planta. Como el de ellas, mi destino era morir, ser olvidado y no dejar más rastro que el delgado hilo de la descendencia.

Me veía con mi exmujer en Roma, en Campo di Fiori, paseando de la mano, y me acordaba de la siniestra capucha de la estatua de Giordano Bruno.

Una noche reparé en una biblia olvidada en un cajón por el anterior inquilino. No me sentía con energías para abrir ninguna de las cajas con los libros que pude llevarme de casa, y entonces, a veces, leía algunas páginas

al azar. En algún momento temí, y a la vez deseé, volverme religioso, pero eso no ocurrió. Las frases se me clavaban en el alma. *He aquí que lejos de la fertilidad de la tierra será tu morada, y lejos del rocío que baja del cielo.* A veces me sentía así, como si me hablara, o me condenara. Otras me consolaba. Algunas de aquellas frases las apuntaba en un cuaderno, con un rotulador azul claro. *¿No es una milicia lo que hace el hombre? Al acostarme, digo: «¿Cuándo llegará el día?». Al levantarme: «¿Cuándo será de noche?».* El color alegre de mi rotulador me infundía algún ánimo, como una esponja mojada en los

labios de un sediento.

Aparte de la lectura de la Biblia, únicamente salir a la terraza y sentarme en el tejado me aliviaba.

Solo me quedaban el rencor y mis hijos. Hervía de rabia imaginándolos con mi antiguo amigo, conviviendo con él. Decía que no veía las películas de miedo porque le daban miedo. Eso todavía podía entenderse. Lo malo era que también decía que no veía a las de risa porque le daban risa. Y cuando viajábamos en coche —porque, ay, tonto de mí, alguna vez me lo había llevado de vacaciones con mi familia, cuando él se divorció— e íbamos a los aseos de una

gasolinera, decía: muy bien, fenómeno, vas aprendiendo, así se empieza un viaje, el depósito del coche lleno y el del conductor vacío, y reía como si fuera una ocurrencia la mar de ingeniosa. ¿Y con ese imbécil, ese gusano, ese... iban a educarse mis hijos? Me acordaba de aquellas anécdotas nimias y de otras equivalentes y hervía de rabia. Decía el muy imbécil los lunes por la mañana, al entrar en la oficina: ¡qué bien, ya solo quedan cuatro días para el viernes!

Los fines de semana sin hijos huía. Salía del trabajo y conducía mi Ibiza cientos de kilómetros hasta la casa de mi

padre. En una de esas visitas me enteré de que Gafas estaba enfermo, y dos meses después los médicos lo desahuciaron.

A mis hijos los veía uno de cada dos fines de semana, y la mitad de las vacaciones. Al principio, rabioso, les aconsejaba: sacadle todo lo que podáis al gusano, que os compre cosas, que os abra una cuenta. Luego dejé de darles esos consejos, porque era como envenenarles, y era a mí a quien correspondía tragarme el veneno. Pero esta no es la historia de mi relación con mis hijos y mi régimen de visitas.

Había pasado una semana desde la

muerte de Gafas cuando se me ocurrió la idea de las fotos. Tenía más de setenta por la época en la que conocí a Irina, ya cerca de acabar la serie.

Seguía pensando que era un homenaje, la mejor forma no de mantenerlo vivo, pues eso era imposible, pero sí de no borrarlo de mi memoria. Porque la imagen de mi padre, inevitablemente, se iría deshilachando, y tenía miedo de que se convirtiera solo en un concepto, en una idea vacía. En una palabra sin nada detrás, en unas letras, en un jeroglífico. Temía que se transformara en un fantasma, como había acabado sucediendo con mi madre. Soñaba con

Gafas. Estaba vivo, hablaba, se movía, me miraba. Pero yo sabía que estaba muerto. Era una sensación angustiosa y extraña.

Cuánto y qué pronto olvidamos, me decía, los momentos de dicha y plenitud junto con los de sufrimiento y vacío. Quizá por eso sigamos vivos. Cerraba los ojos e intentaba acordarme de los rasgos de mi padre, y musitaba: papá, no sabía si invocándolo o si intentando transmitirle mi amor.

Y también me decía: cuando éramos novios, cada uno se fijaba solo en lo mejor del otro. Y a los cinco años de matrimonio, lo veíamos todo. Y a los

diez, cada uno ya solo se fijaba en lo malo del otro.

Cuánto y qué pronto olvidamos, lo malo y lo bueno, lo bueno y lo malo, sí, ¡qué pronto lo olvidamos!

Buscando

¿Dónde se esconde el amor?

A veces me despertaba con esa frase y miraba en el dormitorio, y en el pijama que colocaba doblado bajo la almohada, y entre la ropa limpia, y en la ducha, y no lo encontraba por ninguna parte. ¿Dónde está el amor? Y me miraba en el

espejo mientras me afeitaba, y tampoco allí lo veía. *En mi lecho, por las noches, he buscado el amor de mi alma. Lo busqué y no lo hallé. Me levantaré, pues, y recorreré la ciudad. Por las calles y las plazas buscaré el amor de mi alma. Los centinelas me encontraron, los que hacen la ronda en la ciudad. «¿Habéis visto el amor de mi alma?»».*

¡Qué bien jugaba al escondite, el amor! No dejaba ni rastro. ¿Se había ido a vivir para siempre al pasado? ¿Se había quedado allí, para la eternidad?

Salía entonces a la calle a pasear (porque esa pregunta solía perseguirme

los sábados y los domingos, como si el resto de los días no tuviera tiempo para dedicarlo a las cuestiones importantes), y lo buscaba, y veía mujeres y niños y hombres y ancianos desocupados, indios y marroquíes y chinos y franceses y alemanes y rumanos y centroafricanos y españoles, y tampoco allí lo hallaba, en ese pueblo apresado por una gran ciudad, y me preguntaba entonces si no sería que mis ojos eran incapaces de distinguirlo, pues era imposible que entre tanta gente no hubiera al menos un chispazo de amor.

Y en alguna noche de insomnio en la que no pensaba en mis padres ni en

Paula ni en mis hijos ni en posibles fotografías, me preguntaba: ¿por qué dejamos de dibujar? ¿Por qué dejamos de colorear nuestra existencia? ¿Será que empezamos a morirnos mucho antes de fallecer? Me angustiaba en la soledad de mi lecho, incapaz de pegar ojo. ¿Por qué empezamos a vivir en blanco y negro?

Gafas, antes del Mundial de España de 1982, compró por fin un televisor en color. ¡Ay, esos niños de mi generación que nos quedábamos con la nariz pegada a los escaparates, viendo ya no pasteles, como nuestros padres, sino partidos de fútbol en color! El blanco y negro del

televisor pasó así a ser un recuerdo de la infancia, pero, sigilosamente, el de la vida comenzó a conquistarme.

¿Por qué dejamos de dibujar? ¿Dónde se esconde el amor?

A veces me acostaba con la primera pregunta en la cabeza y, sin haber conseguido dormir más que unas pocas horas, me levantaba con la segunda.

Un campo con velas

La sombra de mi exmujer me había perseguido durante mucho tiempo. Durante meses la eché de menos.

Cuando la conocí, yo tenía veinticinco años y ella, que trabajaba los fines de semana de camarera en un bar de copas, veinte. Me sentaba en un taburete y

armado de paciencia aguantaba a los pesados de barra, el molesto espectáculo de la procesión de borrachos que le proponían perseguir la noche en otro garito cuando cerrara el bar.

Uno de esos días me crucé en una calle con un ciego al que guiaba un perro con un cartel que rezaba: «No me acaricies. Estoy trabajando». Se lo conté y le dije que había estado a punto de comprarle uno igual. Se carcajear con una risa muy fuerte, una risa que le salía de dentro, poderosa y grave y salvaje y que yo nunca le había oído, una risa que me llenó de orgullo y satisfacción por

haberla provocado.

Empezamos a salir. Su madre, algo ñoña, y viéndola crecer tan aprisa, decía que había cambiado sus trenzas por un novio, sus meriendas con Cola Cao por gin-tonics y su oso de peluche por una matrícula en la universidad.

Paula me decía: eres el novio más feo que he tenido. Y también me decía: no sabes besar.

Lo cierto es que fuimos felices durante una época, pero uno se olvida de eso y acaba recordando únicamente el final, los desdenes y los rictus de amargura. Y en aquellas antiguas declaraciones, eres el novio más feo que he tenido (pero ¿es

que acaso había tenido muchos?), no sabes besar (¿acaso ella era campeona mundial de Besos en la Boca?), veía ahora un espíritu áspero y soberbio, y me lamentaba de no haberlo advertido entonces.

Por un tiempo eché de menos bailar con los dedos de la mano sobre su piel, mientras nos miraba nuestra hija embelesada, nuestro hijo con vergüenza, escuchar el sonido de sus pasos camino de la ducha y el olor de su cuello, delicadamente perfumado, ver cómo se pintaba los labios ante el espejo del baño, compartir con ella unas palomitas y una Coca-Cola en un cine. Después la

había odiado. Y escribí en una servilleta de un bar, borracho: «Cuando un sueño se convierte en pesadilla, es que se ha hecho realidad».

Por fin logré que mi cerebro se ocupase de otros asuntos, pero mis heridas no habían cicatrizado por completo, y cuando al salir de un restaurante me la encontré, sentí el clavo del rencor. Poco antes, tras estar un rato mirando elepés de vinilo que me recordaban mi juventud en Bajo el volcán, una tienda de discos y libros de mi nuevo barrio, había comprado una novela. Me gustaba empezar los libros en un café, y como el Nuevo Café

Barbieri estaba cerrado, entré al azar en un restaurante bangladesí. Olía a comino y aunque era solo media tarde las mesas, con manteles de papel, estaban puestas para la cena. Había un chico tras la barra, un niño andando de aquí para allá y una mujer gorda con el pelo grasiento desmañadamente recogido en una coleta. Me senté y con cierta ceremonia me trajeron un café en un vaso. Tuve la vaga impresión de que el tiempo se había detenido, como en una fotografía, y de que era un intruso que presenciaba una escena del pasado. No me habría sorprendido demasiado ver una mosca cruzando el aire a cámara lenta. Intenté

ver en el fondo de la taza el rostro de Gafas, antes de empezar la novela.

Estaba preparado, al salir, para encontrarme con cualquiera a quien pedir que se dejara retratar, pero no, desde luego, con Paula. Recordé la época en la que temía que, si la veía, se me fuera a caer encima el mundo.

—¿Qué haces por aquí?

—Iba a tu apartamento —respondió.

—¿Y eso?

—Pasaba cerca y... Solo quería decirte que lo siento. Que siento mucho todo lo que pasó.

La miré en silencio. Su tono había sido dulce y dolido, ese tono inhabitual en

ella y que yo había amado tanto.

¿Y si todo el mundo fuera bueno? ¿Y si el mal solo se ejerciera por descuido o por ignorancia? Se trataba de una idea absurda, pero tan tentadora...

—No voy a perderlos, ¿verdad?

—¿Cómo vas a perderlos, si eres su madre?

A veces era dura con ellos, poco cariñosa. Avanzó hacia mí y me abrazó. Permanecimos unidos unos segundos, y vino a mi mente una frase de Nietzsche: «Lo que se hace por amor acontece siempre más allá del bien y del mal». Se separó.

—¿Puedes ponerte estas gafas?

Siempre las llevaba, como la cámara. Dudó un momento, pero al final, probablemente porque se sentía culpable, accedió.

—¿Las reconoces? —pregunté, mientras limpiaba los cristales con la toallita.

—Claro, son las de tu padre.

Le pedí que se pusiera de espaldas al restaurante y obedeció, resignada a plegarse a un ritual que le era ajeno. Encuadré y oprimí el disparador. Inmediatamente extendí el brazo para recuperar mi extraño tesoro, las gafas de pasta anticuadas y con cristales en forma de lagrimones.

—Adiós. Cuídate.

—Tú también.

Al llegar a casa examiné la fotografía. Sería la número 41. Y fue entonces, al imprimirla y ponerla en la pared junto a las otras, cuando comprendí qué tenían en común las fotografías que seleccionaba —más allá de que los retratados llevaran puestos los anteojos — de entre las muchas que hacía: un arañazo de desamparo. Siempre lo había sabido, en el fondo, pero ahora lo veía con absoluta claridad: buscaba en las personas a las que retrataba la íntima fragilidad de Gafas, la inseguridad de un niño al que su padre dejaba esperando a

la puerta de un burdel y al que había abandonado con cuatro años, de un niño que se había quedado huérfano a los cinco. Buscaba un destello de lo que siempre había existido, más o menos oculto, en el alma lastimada de Gafas: el miedo, la incompreensión, el dolor.

Buscaba a mi padre. Estaba haciendo el retrato de Gafas, un puzle de Gafas con las fotografías de otras personas.

Me metí en la cama, aunque no fueran más de las siete de la tarde, y no me levanté más que para cenar.

Y fue después de la tibia reconciliación con la mujer a la que había querido durante años, y después

de ese descubrimiento, cuando empecé a pensar que el amor permanecía constante.

Imaginé el mundo como un campo llano y enorme que daba miedo, negro en la oscuridad de la noche. Pero en ese campo plagado de peligros había miles de velas encendidas que iluminaban un poco, y anulaban un poco de ese miedo. Esas llamas eran el amor, y el viento hacía que oscilaran. Unas veces soplaba más fuerte y apagaba una vela; otras, la vela aguantaba mucho tiempo prendida hasta que se derretía por completo, volviéndose irreconocible. Pero cuando algo de eso sucedía, otra vela se

encendía en ese campo negro, porque el amor era más fuerte de lo que parecía a simple vista, y tenía sus recursos.

El amor permanecía constante en el mundo.

Ni se creaba ni se destruía, sino que se trasladaba. Cambiaba de cuerpo, de alma: jamás moría. Era una ley de la física sentimental.

Pensaba que si mi vela se había apagado era porque se había encendido otra en cualquier lugar del mundo, en Alemania o en Zacatecas, en Tánger o en California, en un pueblo de Aragón o de Argentina.

De alguna manera, sin que yo pudiera

saber cómo ni cuándo, mi amor había levantado el vuelo para posarse en otro. Mi amor se había mudado, pero nada se le podía reprochar, pues *mi* amor no era mío. No era de nadie ni de todos: simplemente *era*. Una porción de amor había habitado durante un tiempo en mí y luego había cambiado de rama, eso era todo.

Siguiendo la más elemental ley de la Física Sentimental.

El fotógrafo y la modelo

¿Podía considerarme fotógrafo? ¿Lo era? Esto es algo que hay que aclarar de una vez.

Si un fotógrafo es alguien que gana dinero con sus fotografías, vendiéndolas a una publicación, o exponiéndolas en una galería, o fotografiando la escena de

un crimen, o colgándolas en un banco de imágenes, o de la manera que sea, la respuesta sería «no». Por el contrario, si un fotógrafo es alguien que hace fotografías con cierta técnica y una intención que va más allá de fijar un recuerdo, un instante, un hecho, la respuesta sería afirmativa.

Es más: realizaba fotografías hermosas, algunas de las cuales eran tan únicas o emocionantes como las de los fotógrafos a los que admiraba. También es cierto que a veces pensaba que esas mismas fotografías eran pésimas, sin alma, obvias o totalmente innecesarias.

No se las enseñaba a nadie, pues no

me consideraba un fotógrafo de verdad. Sin embargo, en momentos de optimismo juzgaba que no solo lo era, sino que era algo más: un artista ignorado, desconocido, un artista secreto que recorría cámara en mano las calles de Madrid, oculto o protegido por el más absoluto anonimato. Era, en suma, un auténtico fotógrafo, pero no un profesional. Eso pensaba a veces, y a veces pensaba lo contrario.

Y en cuanto a Irina, ¿era ella modelo? Si una modelo es alguien que gana dinero posando para un anuncio, o pasando determinada ropa, etc., la respuesta sería no. Pero si una modelo

es alguien que posa o ha posado para un pintor o un fotógrafo, podríamos decir que sí. Además, aunque no era realmente modelo, y ella misma lo sabía mejor que nadie, se definía así: soy modelo. Pero ¿qué nombre poner a lo que había venido a hacer a Madrid?

Lo que sí puede afirmarse sin sombra de duda es que yo era español, pues eso es algo tan simple que depende únicamente de lo que determine un documento oficial. En cuanto a ella, era lituana, puesto que había nacido en Lituania cuando aún pertenecía a la URSS, y había pasado allí los primeros años de su vida, pero también era rusa,

pues había emigrado a Rusia a mediados de los noventa. En realidad, si nos atenemos a lo que dicen los papeles, era rusa y lituana. Se podrían afirmar, sin tantas disquisiciones, otras cosas, como que era lo bastante agraciada como para poder aparecer en una revista anunciando, por ejemplo, un champú, y que era, además, tan agraciada como desgraciada.

La conocí un sábado de marzo, quince meses después de la muerte de Gafas. Era por la mañana, y aprovechando que todo brillaba con una luz muy pura fui al parque del Oeste para fotografiar los árboles desnudos y las hojas caídas.

Fotografié asimismo el cielo limpio y la hierba, y algún pájaro y algunas semillas viejas. Fui después a un bar, en Ferraz, a tomar un café. Dejé la cámara en la barra, al alcance de la mano, y repasé superficialmente un periódico. La noticia sobre unas esculturas robadas valoradas en cinco millones y vendidas a un chatarrero por treinta euros me hizo gracia. Desde hacía unas semanas había vuelto a sonreír por dentro. ¿Significaba eso que mi invierno de tres años tocaba a su fin?

Tenía sed, pero no pedí agua. A veces me daba pereza pedir cosas a la gente, incluso a los camareros. Probé el café,

se había quedado tibio y sabía fuerte, me gustó, al tiempo que me desagradaba.

De pronto se me acercó una mujer alta, rubia, de ojos rasgados y pómulos salientes a la que no había visto entrar. Desde hacía años yo no sabía calcular ninguna edad, como si el tiempo hubiera ganado ya todas las batallas y diera igual por cuánto, pero pensé que debía de rondar los treinta. Más que por guapa, que lo era, destacaba por su cuerpo, compacto y grácil a un tiempo, las piernas largas, la cintura estrecha, los hombros rectos. Era tan alta como yo. Me habría gustado fijarme discretamente en sus manos, en sus

piernas, en las líneas de su cuello. Pero no pude. Al cruzarse nuestras miradas, sentí como una sacudida y como si dentro de mi estómago se cerrara un puño de acero. Su piel era fresca y lisa, lozana, de veinteañera, pero su porte, o su mirada, traslucía la gravedad de alguien con más experiencia. Quizá, aventuré, haya visto mucho y pronto, como Gafas.

—¿Eres fotógrafo? —me preguntó sin rodeos, con la desenvoltura propia de algunas personas que son guapas y lo saben.

—No —contesté.

—¿Te importa que me sienta?

Incapaz de articular palabra, hice un gesto con la cabeza.

Hablaba muy bien, aunque con acento extranjero. ¿Alemana, holandesa, rusa, polaca? Al igual que no sabía calcular las edades, tampoco sabía identificar su acento.

—Verás —dijo—. Tengo un problema pequeño: quiero hacerme fotos, y no conozco a ningún fotógrafo.

—Solo soy un aficionado —dije.

—Da igual, tu máquina parece buena. Es para un *book*. Perdí el que tenía. ¿Cómo hacemos? ¿Voy a tu estudio?

Su tono era melodioso, musical.

—No tengo estudio.

—En tu casa, entonces. ¿Dónde vives?

Le di la dirección. La leyó frunciendo ligeramente el ceño, como esforzándose por memorizarla. Me maravillaba su seguridad. Hacía que ir a mi domicilio pareciera un asunto que le concerniese exclusivamente a ella. Intercambiamos los números de teléfono.

—Me llamo Fernando.

—Irina. Soy una modelo lituana. Llevo siete meses en Madrid. Soy rubia —añadió superfluamente—. Cada vez quedamos menos rubias naturales, es una lástima pequeña. Te llamaré.

Se despidió besándome en la mejilla, se puso unas gafas de sol y salió,

dejando la cafetería transformada, y a mí sintiendo aún el contacto de unos labios suaves y ligeros sobre mi mejilla.

Aquella noche pensé en ella. *Me robaste el corazón, hermana mía, novia, me robaste el corazón con una mirada tuya, con una vuelta de tu collar. ¡Qué hermosos tus amores, hermosa mía, novia!* ¿Por qué me había causado tanta impresión? Tuve miedo. Nunca me había sucedido algo así. Sentir al primer instante un puño de acero apretando mi estómago. Deseé que fuera una atracción pasajera, un arrebató inexplicable que se fuera tan bruscamente como había llegado. Y soñé

con Gafas. Estábamos en una playa de Asturias. Quería decirle que estaba haciendo un puzle de él con las fotografías de otras personas. Tenía boca, y tenía labios y lengua, pero no me salían las palabras. Gafas me miraba en silencio, esperando que yo dijera algo. Era una sensación horrible.

Ahora sé lo que le diría: todo sucedió por tus gafas, todo fue por la cámara de fotos.

Ya sabía su nombre.

Ochenta

Algunas piezas de mi vida iban encontrando un nuevo encaje, mientras otras habían perdido su sitio para siempre. El invierno agonizaba alargando los días y acercándose a la primavera, y yo iba y venía del trabajo en metro. Esperaba impaciente una

llamada de la modelo lituana. Al día siguiente de nuestro encuentro me dejé caer por la cafetería de Ferraz, infructuosamente. Dudaba si tenía los ojos verdes o azules.

Me había sentido otro a su lado. Como si renaciera, como si me transformara. De nuevo a solas volvían mis dudas. Me había impresionado, más que la belleza de sus facciones, más que esos ojos claros y esos pómulos tártaros, más que la arquitectura de su cuerpo, la sensación de vulnerabilidad que transmitía bajo esa apariencia de mujer ideal, como la de un jarrón chino en un salón en el que unos niños juegan con

una pelota.

Pasaron dos días, y la modelo lituana no daba señales de vida.

Por las mañanas los vagones circulaban abarrotados y los viajeros callaban. Si encontraba un asiento libre lo ocupaba para leer. Por las tardes la gente regresaba cabizbaja, con los hombros caídos. Mi aspecto era el mismo. Oí a una universitaria decir a su novio que en veinticuatro horas recibimos más información que una persona de la Edad Media en toda su vida. Y había añadido que en el siglo XVIII un europeo corriente habría manejado al concluir su vida unos

quinientos objetos, mientras que en la actualidad ese mismo hombre habría manejado unos quince mil. ¿Sería verdad?, me pregunté. ¿Recibíamos en un día más información que un hombre medieval en toda su existencia? ¿A qué se refería, en concreto? ¿A qué llamaba *información*? Porque un pastor también recoge constantemente *información* mientras saca sus ovejas a pacer. Y si la gente fuera consciente de los innumerables datos que hay que recibir y procesar para caminar, se llenaría de admiración al ver los primeros pasos de un bebé (incluso de uno ajeno). Pero si aludía a *información* servida por otros,

transmitida por otros y no recogida por nosotros mismos, si se refería a la previsión del tiempo y a las noticias sobre los acontecimientos políticos y las perspectivas económicas, si se refería a eso, entonces probablemente sí.

Salí del metro dando vueltas a aquello, pero cuando entré en mi edificio estaba pensando de nuevo en Irina. Quería saber más de ella. Quería verla todo el rato, y al mismo tiempo quería que hubiera sido como un caballo que pasa al galope y al que no vuelves a ver jamás. Subí las escaleras. Me disponía a abrir la puerta cuando me llamó una voz aguda y cascada a un tiempo.

—Baja, Fernando, estamos reunidos.

El dueño del apartamento había delegado en mí para las reuniones de la comunidad, a las que yo no asistía casi nunca. Bajé. Había un vecino que siempre se me escurría, y quizá, con suerte, se dejara fotografiar. También me faltaba la vigilante de seguridad. Podría matar dos pájaros de un tiro.

Entré en el primero B. Todo era deplorable: la luz amarillenta, el papel sucio y mortecino de las paredes, las sillas baratas y viejas, la ropa de los allí reunidos, y sus caras.

Allí estaba mi víctima: el gordo del primero A. Tenía una cara grasienta y

una panza aventurera que casi empezaba en el cuello. También, en una esquina, la exescultora, la vigilante de seguridad del Reina Sofía. Solo la había visto sonreír una vez. Tenía los dientes descolocados, montados unos sobre otros, como picos de una cordillera torturada. Eso explicaba en parte que sonriera tan poco. Le había pedido seis veces retratarla con las gafas, y las seis se había negado, argumentando que era artista y no modelo para otros artistas. Tenía carácter.

Hablaban sobre la necesidad de acometer una obra en el saneamiento. Me senté en una silla libre que me

indicó el dueño del piso. De pronto, como catapultado, ante la estupefacción general, me planté delante del gordo, que dio un respingo, le puse las gafas delante de la cara y le espeté, con un tono que no admitía réplica:

—Póngaselas inmediatamente. Será un segundo.

Intimidado, obedeció. Antes de oprimir el disparador presentí que aquella foto no valdría. Y sin embargo no pude evitar hacerla. Me senté notando sobre mí las miradas reprobatorias del resto. Concluida la reunión, la vigilante me abordó en la escalera.

—¿Me puedes hacer un favor?

—Claro. Pero no soy tu hermano, así que tú me tienes que hacer otro a mí.

Me miró, entre recelosa y expectante.

—Tienes que dejar que te haga la foto.

Durante demasiado tiempo había sido excesivamente considerado y generoso con los demás, para no cosechar la mitad de las veces sino desagradecimiento. Había decidido no regalar nada, ni material ni, especialmente, inmaterial, y acordándome de unos versos que había escrito en mi juventud, «el amor es un comercio / yo te doy si tú me das», los había adoptado como cínica divisa. Me

había hecho, en fin, más mezquino; había sido derrotado, al menos temporalmente.

La vecina se ausentaba el fin de semana, y esperaba recibir un paquete el sábado. Me pedía que estuviera atento para recogerlo. Accedí, y le tendí las gafas, que se habían convertido casi en una prolongación de mi persona, en un apéndice.

—Son de miope, de siete dioptrías, así que mejor ten los ojos cerrados para que no te lloren, y ábrelos cuando yo te lo diga.

Con los anteojos calados, la guardia jurado miraba con seriedad.

—Ya puedes abrirlos.

Y disparé. Ese fue el retrato 74 de la serie Gafas, el número 369 en total. Setenta y cuatro habían superado el listón y doscientos noventa y cinco habían sido desechados. Había decidido que la serie constara de ochenta fotografías de ochenta personas diferentes.

Gafas había muerto justo la mañana en que cumplía ochenta años.

Antes de dormir leí alguna página del cuaderno en el que había apuntado frases de la Biblia con aquel rotulador azul claro. Intenté aferrarme a una: «Las esperanzas vanas y engañosas son para el imbécil, los sueños dan alas a los

insensatos. Tratar de asir una sombra o perseguir el viento es buscar apoyo en los sueños».

¿Tenía los ojos azules o verdes?

Chinches y farolas

Habían pasado ya tres días. Varias veces me había sorprendido a mí mismo marcando el número de la lituana, para colgar antes de que sonara, como un colegial inseguro. Mientras compraba unos gallos, oí exclamar a una señora:

—¡Qué mal le sentó a Chema morirse!

Por primera vez en mucho tiempo me entraron ganas de soltar una carcajada, y me mordí los carrillos. Recordé que Gafas había oído una frase de la misma estirpe: «Siempre se mueren los mismos». Y Bioy Casares había anotado en sus diarios, también dicho por una mujer a otra en la compra: «Ha empezado a morirse gente que nunca se moría antes».

La señora hablaba con otra anciana. A las dos las había fotografiado ya, y ninguna había pasado la criba.

—Hola, majo. ¿Hoy no me echas una foto, que vengo de la peluquería?

Por el camino de vuelta noté un picor

en el cuello, me rasqué. Al llegar a casa intuí que el piso de los magrebíes estaba vacío, y caí en que no había visto a Mohamed despachando en la pescadería.

El piso contiguo lo habían ocupado ilegalmente unos marroquíes desde antes de mi llegada al barrio. No siempre eran los mismos. Cambiaban de unos meses a otros, se mudaban de distrito o de ciudad, retornaban a su país, les encarcelaban o expulsaban. Era difícil seguirles la pista. Había retratado a varios con las gafas, a cambio de cinco euros. Aparte de alborotar y ensuciar, no pagaban los gastos comunes. Los

vecinos no habían perdido el tiempo. Ese mismo día unos técnicos habían fumigado el piso, infestado de chinches.

En el baño, ante el espejo, vi que tenía unas picaduras rojas y abultadas en el cuello. Dormí mal dos noches. Las chinches atacaban de madrugada. Leí — no sabía si sería verdad— que subían al techo y se lanzaban sobre la víctima como paracaidistas. Poseían un instinto que les advertía de cuándo su presa dormía. Tenía picaduras en la cara, en las manos, en el cuello, en el pecho, alrededor del ombligo, en los pies. Ya no pensaba en el amor, ni en las fotografías. Solo pensaba en las

chinchas y las maldecía. Ya no soñaba con Gafas, soñaba con chinchas de las fuerzas especiales. Vi una avanzando por el suelo, del tamaño de una lenteja, hinchada por mi sangre, que enrojecía su color marrón claro. La pisé con un odio feroz, la espachurré, la reventé.

Volvieron los técnicos. Se pusieron guantes, careta. Me mostraron en el colchón unos puntitos negros, excrementos de chinchas. Mezclaron en una garrafa unos líquidos, rociaron la casa. Debía abandonar el piso. Me hospedé un par de días en un hostel. Olvidé el móvil en casa. Preferí no recuperarlo, por si una chinche aún viva

se me lanzaba y me la llevaba a la pensión. Olía a cocido, a lentejas, a fritanga. Oía toses, carraspeos, interjecciones, los gruñidos de los huéspedes y los de la escalera de madera. Me pareció una experiencia curiosa y moderadamente aventurera, como habitar en ciertas novelas de Galdós o de Baroja, como vivir en otra época. Una tarde, pertrechado con la máquina y las gafas, llamé a la puerta de la que procedían las toses. La abrió un joven delgado y pálido. Tenía ganas de hablar, miedo al silencio. Me explicó que era tuberculoso. Fue el retrato 75.

Cuando regresé del exilio me encontré

con que la comunidad había tapiado la puerta del piso desocupado y la ventana que daba a las escaleras. Me acordé de cuando, todavía casado, fui a fotografiar la cárcel de Carabanchel antes de que la demolieran. Unos gitanos rumanos la habían ocupado. Me la enseñaron a cambio de una propina. Eran chatarreros y se habían llevado todo el hierro. Me impresionó un poco subir por las escaleras despojadas de sus barandillas. Cuando le enseñé las fotografías a mi esposa, su única observación fue: estás como una cabra.

Antes de entrar en casa, mientras miraba el muro de ladrillo, me llegó por

la escalera la voz de la vigilante de seguridad. Bajé, y me informó, mirándome respetuosamente, de que me había venido a buscar una modelo muy alta y rubia, parecía rusa. Maldije aún más la plaga de chinches.

—Tu retrato es de los que valen — comenté.

Corrí escaleras arriba, entré, busqué mi móvil y comprobé que Irina había dejado varios mensajes, simples intervalos de silencio, excepto uno: «Llámame, Fernando. Necesito las fotos». Lo escuché varias veces seguidas, embargado por la felicidad del tuteo, de mi nombre en su voz, de una

familiaridad que, aun sabiéndola falsa, me embriagaba. La llamé y nos citamos.

A la mañana siguiente, al encontrarme con la puerta y la ventana tapiadas, pensé que era como vivir en una prisión, justo cuando empezaba a sentir que había escapado de ella y que las farolas de Madrid se encendían para mí.

Por el amor de una rosa

Se presentó esa misma tarde, como habíamos convenido. Habían pasado seis días desde nuestro encuentro en una cafetería de Ferraz.

La vi por la mirilla, y tardé unos segundos en abrir: quise disfrutar de aquella visión, una mujer elegante en

aquel descansillo desconchado. Por fin abrí. Nos saludamos. Se había pintado los labios. Se quitó con un rápido movimiento las gafas de sol. Tenía los ojos grises. Sentí de nuevo cómo se agarrotaba mi estómago. Me dolía respirar, como si me hubiera dado el flato. Me aparté. Ella entró en el pequeño salón y se desembarazó del pañuelo de la cabeza con desenvoltura. Llevaba, bajo un fino abrigo negro, un vestido escocés rojo y azul, de colegiala, con medias rojas y zapatos de tacón. Echó un vistazo en su derredor, y con las cejas pareció preguntar dónde podía poner el abrigo. Lo cogí, y tras

doblarlo bajo su atenta mirada, lo dejé sobre el sofá.

No había parecido sorprenderse mucho al ver las paredes cubiertas de fotografías de gente de cualquier edad, raza, sexo y condición, todos con las mismas gafas, grandes, un punto estafalarias, obsoletas. Era como si nada pudiera sorprenderla. Como si el mundo, impredecible por naturaleza, hubiera que aceptarlo tal y como se presentase, sin cuestionarse nada.

—¿Aquí? —se limitó a decir, sin dejar traslucir ninguna decepción, si es que la sentía.

—No hay otro sitio.

—Quiero fotos sugerentes, pero sin ser cochinas, ¿entiendes?

—Sí.

Me gustaba que fuera tan directa.

—No puedo seguir sin *book*.

Sorprendiéndome, y sin ningún pudor, se quedó en tanga y sujetador, de color rojo. Poseía una piel blanca y uniforme, sin apenas manchas, de marfil. Tuve ganas de tocarla.

—Dirígeme, ¿qué hago?

Era su primera sesión, y también la mía. No tenía ni idea de qué hacer ni decir, solo sabía que debía salir del embrollo como fuera, y que lo peor sería quedarme callado. Me sentía fuera de

lugar, inseguro, como un estafador renovando el carné de identidad en una comisaría. Encendí todas las luces. Y mientras recordaba escenas semejantes que había visto, quizá en *Blow up* o en un telefilme, me lancé a hablar sin parar, a la vez que disparaba.

—Sonríe... Tírame un beso... Piensa en tu hogar, piensa en Lituania, en cuando eras una niña y... Estás en la selva... Eres un animal, tienes miedo, estás acorralada...

Mis propias frases me parecían horripilantes, pero el dolor al respirar había desaparecido.

—Ahora tienes hambre, te gustaría

comerme... Eres un felino hambriento y peligroso... Gírate... Acaríciate los pechos, quieres ser amada... Pon cara de placer, de éxtasis, estás gozando salvajemente...

Notaba cómo el calor se apoderaba de mi cuerpo, quizá debido al bochorno por pronunciar aquellas frases. Pero no, también resultaba excitante.

Ella se apoyó en la pared de espaldas a mí, los brazos en alto. Me fijé entonces en un pequeño tatuaje en su hombro, un corazón con una lágrima. Permanecí unos segundos mirándola, olvidado de mi papel de fotógrafo, pasando mis ojos por aquel cuerpo,

aquellas piernas largas, delgadas y fuertes, aquellas nalgas firmes, semiesféricas, su espalda fina y potente a la vez, los brazos duros, el cuello estilizado, frágil. Enseguida volví a la tarea. Ella ladeó la cabeza, mirándome con los labios húmedos, brillantes, entreabiertos, la melena le tapó en parte la cara, se inclinó levemente hacia delante, retrasando un poco los pies... Yo disparaba y disparaba como queriendo cazarla, como queriendo apropiármela para siempre, como queriendo acuchillarla.

—Ponte ahora los zapatos y la blusa, no te la abroches, ponte de cuclillas...

No necesitaba verlas. Sabía, mientras las hacía, que las fotos no podían ser buenas.

—Quítate otra vez la blusa... Muy bien, así... Ahora, fuera el sujetador...

Ella se lo quitó, de espaldas a mí, y cuando se volvió, se cubría con los brazos. Continué disparando, ella se movía, me ofrecía su perfil, me ponía morritos, cruzaba los brazos, me daba la espalda.

—Llévate las manos a la nuca, enseña tus pechos del todo.

Nada más decirlo me arrepentí. Me miró con frialdad.

—Eso no sería sugerente, eso sería

cochino.

La calefacción estaba alta y las luces aumentaban la temperatura. Se puso el sostén y se asomó a la ventana. El sudor hacía brillar su cuello.

—¿Puedo salir al tejado?

—Es peligroso.

Estalló en una risa que pareció casi un grito y que me hizo sentirme como un niño ante una madrastra.

—¿Peligroso? Aquí no sabéis qué es peligroso.

Salió por la ventana y se sentó en las tejas. Me asomé. La ropa interior roja destacaba en la noche. Con la luna detrás parecía una gata callejera, aunque

el tejado no fuera de zinc caliente. Una gata con tacones y la boca pintada.

—¿No te resfriarás?

—Soy rusa lituana —dijo con rotundidad, sin asomo de ironía.

—Túmbate.

Se tumbó. La fotografié, y fotografié el cielo y la luna que le servían de telón. Soplaban una brisa heladora que removió su melena, y me estremecí. Salí también. Le hice fotos desde distintos ángulos, cambiando el fondo. Por un instante creí que el corazón tatuado lloraba, que la lágrima brillaba y comenzaba a deslizarse: era una hormiga, que bajaba hacia su espalda. Rompí una teja. Si

daba un paso en falso caería al vacío. Me puse de pie sobre ella, enfoqué su rostro, con la sensación frustrante de ser incapaz de captar tanta belleza.

Retornamos al salón.

—Ya puedes vestirte.

Y le hice unas fotografías con su falda escocesa, sus medias rojas, sus zapatos de tacón y sus gafas oscuras, y de nuevo deseé que ella fuese una muñeca o yo un soplo de aire o una hormiga para poder acariciarla sin que se diera cuenta. Dejé la máquina y me senté, cansado. Había sido una experiencia extraña, intensa.

—¿Ya está?

—Sí. —No sabría decir si aquellas

dos horas se me habían pasado volando o si se me habían hecho eternas—. Cuando haga la selección te llamaré.

Las fotografías estaban mal de iluminación, de encuadre, de ángulo, de foco, de todo. En el mundo de las luces, las de mi estudio, criminales que resaltaban los granos y las arrugas, compartirían la cárcel con las de los ascensores. No le había ofrecido tomar nada.

—Soy un grosero. ¿Quieres algo?

—No —respondió ella—. Se me haría tarde. Gracias. Tienes que decirme qué quieres a cambio.

La miré en silencio. Ya me había dado

mucho.

—Menos dinero, puedes pedirme lo que quieras.

Aunque el sentido de las palabras parecía claro, las había pronunciado como si se tratara de una simple transacción.

—Pensaré algo.

Se anudó el pañuelo en la cabeza, y lamenté no haberla fotografiado con él puesto al llegar.

—Eres un artista, ¿verdad?

—No.

—Esas fotos. Las de allí me hacen gracia. —Señaló las descartadas—. Pero las de esa pared me desgarran el

corazón.

Me puso un dedo en la frente y lo bajó con lentitud, perfilándome la nariz y mirándome fijamente, sin parpadear.

—Yo no soy artista, pero sé reconocer el sufrimiento y el dolor. Y no quiero que deje de importarme el de los demás.

Apartó el dedo y yo abrí la puerta. Según la veía —y luego oía— bajar por las escaleras, los tacones picoteando la madera gastada como si buscaran larvas, me pareció un ser desvalido que había sabido leer dentro de mí. Permanecí mirando por la ventana hasta que salió por el portal. Tiempo después pensé que ese gesto, pasarme el dedo por la cara, y

esas palabras, «sé reconocer el sufrimiento y el dolor, y no quiero que deje de importarme el de los demás», me habían cautivado, me habían convertido en su prisionero.

Me di cuenta entonces de que era la primera vez en mucho tiempo que estaba con alguien y me olvidaba por completo de hacerle una fotografía con las gafas.

Mientras Irina doblaba una esquina y desaparecía recordé un proverbio turco que había leído no sabía dónde ni cuándo, «Por el amor de una rosa, el jardinero se hace esclavo de mil espinas».

Ya había visto su cuerpo.

Alguien a quien amar

¿Había encontrado a alguien a quien amar?

Sí. Eso no se elige. Uno no está en disposición de enamorarse, y conoce a diez personas de las que se podría enamorar, y no se enamora de ninguna. Uno está en disposición de enamorarse,

y conoce una sola de esas diez, y se enamora.

Había abandonado mi hogar hacía más de dos años, aunque en realidad llevaba más tiempo separado. Digamos que el certificado de defunción de mi matrimonio se había expedido un 4 de enero, pero había fallecido mucho antes.

¿He encontrado por fin a alguien a quien amar? ¿Es el amor esa sensación física, ese puño de acero que se cierra en el estómago, o es algo más? ¿Se puede amar a alguien a quien apenas se conoce? Si el amor es subjetivo, ¿quién tiene derecho a opinar sobre el de los demás? ¿No es prueba suficiente de

amor el sentirse enamorado, aunque posteriormente ese sentimiento se extinga o se juzgue falso o equivocado?

¿Se llega a conocer a alguien *de verdad*?

Eso me había preguntado por la mañana, veintisiete meses después de haberme mudado, dieciséis meses después de aquella primera fotografía de una mendiga que había inaugurado GAFAS, mientras me afeitaba para ir al trabajo.

La vida es corta y la estoy desperdiciando. El tiempo corre, y no se para aunque tú lo hagas. Pronto encanecerás, si es que no te quedas

calvo antes. Necesito reverdecer, necesito amar. Incluso sin ser correspondido.

Al regresar de la oficina estuve leyendo un rato un libro de Nietzsche que me había regalado una chica, bastante intelectual, con la que había salido un par de veces antes de conocer a Paula. Lo había empezado con dos décadas de retraso. ¿Hay cosas que nos esperan? ¿Y mujeres? ¿Hay mujeres que nos esperan, o a las que esperamos sin saberlo? Me preparé una cena sencilla y, tras acabarla, conecté la cámara al ordenador. Las fotografías me dolían, aunque había algunas salvables.

Procuraba ver a Irina antes que los defectos de mi trabajo. Renegaba de ellas, pero me decía que mi primer deber era contentarla, y salía guapa en casi todas.

Borré la mayor parte y manipulé las seleccionadas con Photoshop, cambiando fondos y ajustando niveles, colores y curvas, suavizando los rasgos y disimulando alguna pequeña imperfección de la piel. Incluso busqué en una el efecto Dragan, recordando su máxima, «un buen retrato debe revelar algunas verdades del modelo». Me centré especialmente en las del tejado, eliminando una teja rota, cambiando el

color del cielo, probando a pasarlas a sepia y a blanco y negro, dejando en alguna el color rojo de la ropa interior, o cambiándolo a distintos tonos, jugando con los brillos, las luces, la saturación... Algunas de ellas, tras los retoques, me hicieron pensar en los títulos de crédito de las películas de James Bond. Al final seleccioné las doce más sugerentes, las imprimí en papel de buena calidad y las grabé en un disco para dárselo a la modelo. Y haciendo esa selección, comprendí que necesitaba amar. No debía rendirme ni retroceder.

Llamé a Irina para decirle que había escogido doce instantáneas, pero no

contestó, y tampoco devolvió la llamada.

Al día siguiente, tras salir de una exposición de fotografía, caminaba por la calle Almirante. Era una noche plácida, que inauguraba la primavera. Me fijé en una mujer que venía de frente con la cabeza agachada, tecleando. Llevaba una falda corta, por encima de las rodillas, y su melena, abundante y limpia y rubia, contrastaba con el aspecto desvalido de sus piernas, delgadas y blanquísimas. Tardé unos segundos en reconocer a Irina. Dudé si llamarla, y decidí confiar en el mágico poder de los sentimientos. Pasó de

largo, enfrascada en la pequeña pantalla. Me di la vuelta por si ella hacía lo mismo, pero se perdió calle abajo sin volverse. Me arrepentí de no haberla llamado, de haber confiado en la fuerza magnética del amor. Era la tercera vez que la veía, e Irina ni siquiera me había visto a mí. Sonó mi móvil. Era ella.

—¿Tienes las fotos?

—Sí.

—Las necesito ya. ¿Quedamos mañana, en la cafetería en la que nos conocimos?

Me propuso una hora.

—De acuerdo. Acabo de verte, has pasado a mi lado, por la calle.

—¿Y por qué no me has saludado?

Confundido, no supe qué responder. ¿Cómo decir que había confiado en la fuerza magnética del amor?

—Estaba hablando por teléfono, no podía.

—Ah, bueno. Hasta mañana.

Y colgó. Siempre daba la sensación de no tener ni un minuto que perder. Aquellas piernas desvalidas y pálidas habían despertado en mí una ternura que se parecía a la pena y a la compasión, pues me parecieron algo así como un descosido en su disfraz de seguridad y fortaleza. ¿Era eso el amor? Yo había sabido algo del amor, pero era como si

lo hubiera olvidado todo.

Pensé en su pequeño tatuaje. ¿Quién no ha sufrido alguna vez por amor?

Un tesoro

A veces compraba la leche en un chino. Casi siempre había un niño y una mujer en la caja. En ocasiones, cuando hacía bueno, un hombre bajito se sentaba en una silla en la acera, pegado a la puerta, fumando en pipa. Se había negado a que le fotografiara a él o a cualquier

miembro de su familia. No por ello había dejado de comprarle la leche de cuándo en cuándo. Un día le vi en camiseta. Los músculos se le marcaban.

Recordaba que Gafas, meses después de que se abriera el primer restaurante chino de su barrio, había dicho:

—La mafia china es el Estado chino.

Un año atrás había visto al tendero tumbar de un golpe de kárate en el cuello a un macarra que le había amenazado con una navaja. Dos días después allí estaba, sentado en su silla, fumando en pipa, impasible. Irina me había preguntado cómo era mi barrio, y le referí aquella anécdota.

—Sería un buen protector.

Ese fue su comentario, pero no me alarmé. Estaba embobado, ciego a las señales de peligro. Únicamente la veía a ella, y de una manera especial. De esa manera propia de quienes, al estar enamorándose, ven una flor en un basurero y creen haber visto un jardín.

Nos hallábamos en la cafetería de Ferraz. Me había señalado su piso, unos portales más allá. Estuvo examinando las fotografías un rato sin mover un músculo de la cara.

—Gracias. Están bien.

—Están muy mal. Te prometo que si te hago otras, serán mucho mejores.

—En esa se ve una arruga, ¿podrías borrarla?

—Sí, pero... A mí me gustan las arrugas.

—Porque no sabes de lo que hablas. Me gustaría recompensarte de alguna manera.

Calló y me miró a los ojos. Sus labios se abrieron de manera casi imperceptible, o tal vez fueran imaginaciones mías. La deseé. Ella se inclinó ligerísimamente hacia mí, o eso me pareció. Su mano rozó la mía como por descuido, y me estremecí. Cuánto me gustaría besarla, pero no quería un beso suyo como pago de nada.

—Podrías recompensarme yendo a cenar conmigo a algún restaurante.

Y al romper el silencio, se rompió también la magia de aquel instante, y la situación volvió a la normalidad.

—Preferiría recompensarte con un masaje.

Apuntó en una servilleta una dirección con un pequeño bolígrafo plateado. No era un bolígrafo particularmente bonito (al menos, según mi criterio), pero sí coqueto, especial.

—Los jueves y los martes estoy allí de cinco a siete. Di que vas de mi parte, que eres amigo personal.

Me tendía la servilleta.

—No.

Pareció sorprenderse de mi negativa, y de mi seguridad. Tras aguantar mi mirada durante unos segundos, dijo:

—Si me llaman me tengo que ir, y dejarte tirado. Pueden surgir citas en cualquier momento.

—Pues podemos dar un paseo, ir a ver el templo de Debod, por ejemplo — reaccioné, tras asimilar la información —. Si te tienes que ir de repente, te vas, no pasa nada.

—De acuerdo.

Seis días y varias llamadas después paseábamos junto al templo de Debod. Sonreía el final de marzo, y casi todo el

tiempo hablaba yo. A veces ambos callábamos un rato, pero con ella los silencios producían quietud, y no tensión. Lo cual, habida cuenta de que su rostro solía permanecer inexpresivo, impenetrable, resultaba casi milagroso.

—¿Qué has hecho estos días?

—He estado en Marbella. Trabajo, mucho trabajo.

—¿Qué clase de trabajo?

—¿Te pregunto yo por el tuyo? — replicó, con suavidad.

Durante aquel paseo, supe que a los ocho años había formado parte del equipo de gimnasia de Lituania (o de un equipo de gimnasia de Lituania).

También me enteré de que vodka quería decir *agüita*, y de que si en un tren un pasajero te ofrecía beber con él, rehusar sería una falta de respeto. Conjeturaba que no era especialmente culta, pero sí fina, elegante. La habían educado bien, aunque no hubiese leído mucho. Le pregunté por su español. Explicó que su abuelo era de Salamanca. Por eso su madre lo hablaba, y ella lo había estudiado y había pasado algunos veranos en España.

—Tengo un veinticinco por ciento de sangre española y un setenta y cinco por ciento de rusa-lituana.

Mi corazón brincaba. Me invadía un

vértigo que me regocijaba, el pensamiento de que podía acariciar el paraíso y de que podía perderlo si daba un mal paso. En rigor aún no tenía nada, y visto así nada podía perder. Sin embargo, sí poseía algo, un tesoro, una promesa de felicidad, y considerado de ese modo, podía perder mucho aunque todavía no tuviera nada: podía perder no el paraíso en sí, pero sí la ilusión de tenerlo en el futuro, y eso valía tanto o más que el propio paraíso.

Al cabo de una hora, como aún no había sonado su móvil, le propuse montar en el teleférico.

—Si me llaman, ¿cuánto tiempo

tardaremos en bajar?

—Tarda once minutos, veintidós ida y vuelta.

—Vamos.

Descendimos por unas escaleras de piedra flanqueadas por unos muros de cuyas paredes colgaban enredaderas, y pensé que me adentraba en un cuento de hadas. Saqué los billetes. Ya subidos, nos fuimos alejando como pájaros tranquilos. Cada vez más distantes el Palacio Real, la estación de Príncipe Pío, San Antonio de la Florida, se distinguían en lontananza varios de los edificios más conocidos de Madrid.

—En San Petersburgo hay muchos

palacios —comentó.

Me dejaba invadir por la sensación de que me iba distanciando de mi país para ir entrando en uno nuevo, que no era el de Irina ni el mío, sino el de los dos. La ciudad era ahora un gran arco blanco y gris y anaranjado que se asomaba a un bosque inmenso.

—No sabía que hubiera tantos árboles en Madrid —dijo.

Yo miraba ahora hacia abajo, con la ilusión de distinguir una liebre o incluso un corzo. Pero únicamente vi unos policías montados, varios ciclistas solitarios, alguna pareja. La cabina creaba entre nosotros una palpable

intimidación no solo por su pequeñez y porque fuésemos sus únicos ocupantes, sino también porque no podíamos salir. Llegamos al final del trayecto y subimos a la terraza. Contemplando el bosque y la ciudad, me hizo una revelación, con una mueca de angustia.

—He tenido un sueño horrible.

Permanecí callado un momento, para encajar sus palabras o para disfrutar de aquel paso que completaba la cercanía creada por la burbuja de la cabina.

—¿Qué sueño?

—Un sueño de muerte.

Hasta diciendo cosas así resultaba distante como un robot, aunque su voz

fuera siempre melodiosa. Apenas sonreía, apenas cambiaba el gesto, pero me sentía terriblemente atraído por ella, pues bajo esa máscara latía un corazón lastimado. Era como si estuviera siempre tirando de las riendas, como si no pudiera permitirse ninguna debilidad, ninguna distracción que la apartara del camino marcado. Era una mujer que se había puesto la armadura de un caballero.

—¿Tu muerte, o la de otra persona?

No contestó.

No tomamos nada en la terraza, porque ella quiso regresar inmediatamente. Durante la vuelta, en la burbuja, la miré

a los ojos. Recordé una lejana enseñanza de Gafas. Si un hombre y una mujer se miran de frente, lo más probable es que el que aparte primero la mirada sea el más enamorado. Aguanté todo lo que pude, pero acabé desviándola. Pese a todo, nada más bajar del teleférico probé fortuna.

—Vamos a aprovechar que hoy no estás muy solicitada —dije—. Te invito a tomar algo.

—Es verdad, no estoy solicitada —admitió ella, y sonrió levemente—. Hoy es un mal día. No me llaman para una cena ni un cóctel. Hoy no conoceré a ningún rico.

Eso dijo: ni aceptó la invitación ni la rechazó. En otra mujer aquella frase, «Hoy no conoceré a ningún rico», habría bastado para que dejara de interesarme. Pero en ella era diferente, pues intuía que no era frivolidad, materialismo o interés, sino que había otra cosa.

Fuimos de nuevo a la misma cafetería sin necesidad de decirlo, como si ya fuéramos una pareja que tuviese sus costumbres. Éramos los únicos clientes, y el camarero, una vez nos hubo servido, no nos prestaba atención.

—¿Tienes hijos?

—Dos. Chico y chica.

—¿De qué edad?

—Diecisiete y quince. He sido un padre más bien joven, con veintinueve. Joven para este país y esta época — aclaré, tras una pausa.

—¿Dónde están?

Preguntaba sin dudas, a toda velocidad.

—Con su madre. Yo les veo cada dos fines de semana, y un mes en verano, y una semana en Navidad.

—¿Y qué son para ti?

Gafas, cuando me estaba separando de mi esposa, me dijo: «En determinados momentos hay que renunciar a algo que se amó. Puede ser beber y alternar hasta las tantas, o montar en moto, o jugar al

fútbol... o una mujer. Pero a lo que nunca se puede renunciar es a los hijos». Y luego, había añadido: «Bueno, a lo que nunca se *debe*».

—Todo, aunque no sé si ellos lo saben. A veces pienso que soy como un cuarto cerrado, que se ha ido llenando de polvo y telarañas, y que ellos son el trapo y el cepillo con los que lo limpio, para que vuelva a ser un lugar acogedor y confortable. Oye —añadí, confundido por aquella imagen un tanto absurda o atrevida—. Yo te he contado cosas mías. Ahora te toca a ti.

Se puso a hablar, pero con despego, como yo imaginaba que hablaría la luna

si tuviera voz, como si solo entendiera el lenguaje comercial. Como si una conversación fuera un mero intercambio, y de información, más que de emociones.

Su abuelo español había sido miembro del PC y en 1939 fue acogido por la URSS. Le proporcionaron una casa y un trabajo en Vilna. Ella nació allí. Cuando la Unión Soviética se desintegró, a los rusos lituanos las cosas se les pusieron cuesta arriba. Algunos años después Irina y su familia emigraron a San Petersburgo. Allí no les fue del todo bien y volvieron a emigrar, ahora a una población a orillas del Volga, cerca del

mar Caspio. Su familia había tenido problemas económicos graves (no especificó más), y por eso ella había venido a España. Tenía un plazo limitado para solucionarlos, y ya no le quedaba demasiado tiempo. No tenía hijos porque no podía engendrarlos. Adiviné que su infertilidad la atormentaba, y dije para consolarla:

—Hijos. Cuando no los tienes te faltan, y cuando los tienes te sobran.

Me miró como diciendo, ¿ahora me vienes con esas, después de lo que acabas de decirme?, y luego siguió hablando:

—Tengo entrevistas, voy a cócteles y

doy masajes. Así voy ganando algo de dinero para vivir y enviar a mi familia.

Y en ese punto se calló, como si su contador de confianzas hubiera igualado ya el mío. No sabía qué pensar de todo aquello.

Sonó su móvil. Habló en ruso, colgó y se volvió hacia mí. Sus ojos brillaban, tal vez con codicia.

—Por fin, trabajo. Adiós. Me solicitan.

De pronto, con delicadeza, me rozó la mejilla, y después me enseñó la yema de su índice.

—Mira. Tenías una pestaña. Abre la mano.

La abrí, y la depositó en la palma.

—Ahora ciérrala y pide un deseo.

Obedecí de nuevo.

—Ya está. ¿Puedo decirte qué he pedido?

—Si lo haces no se cumplirá.

Se puso las gafas de sol, me besó en la mejilla y salió de la cafetería. Obsesionada por el dinero, por no gastar, por enviarlo todo a Rusia, a su familia.

Esta vez no me había olvidado del retrato con los anteojos, pero no se lo había pedido porque había tenido el presentimiento de que, si le hacía las fotos, ya no volvería a verla. ¿A qué

había venido Irina a Madrid? ¿Cuáles eran exactamente sus problemas, su situación, su meta? ¿Se prostituía? Recapacité. La anécdota del tendero chino que sabía kárate había merecido el comentario por su parte de que sería un buen protector. Había rehuído hablar de su trabajo. Su familia tenía problemas económicos y un plazo limitado de tiempo para resolverlos, y ella buscaba hombres adinerados. ¿En qué lío me estaba metiendo? Y lo malo era que me atraía meterme en él. Habían saltado las sirenas de alarma, y no les había hecho caso. Me encontré tan solo y perdido que casi me dolía el corazón. ¿No era

eso lo terrible y lo fascinante del amor? Te convertía en un ciego que veía cosas que los demás no veían, en un irresponsable, en un egoísta, en un loco, en un héroe, en un ser maravilloso tocado por la gracia al que no le importaba naufragar en medio del océano.

Durante una época había llegado a pensar que ya no tenía corazón, sino un hueco en su lugar. O algo aún peor: una cáscara seca y vacía. Pero ahora me acordaba de aquella poesía de Machado aprendida en el colegio, del olmo seco hendido por el rayo y el milagro de la primavera, y como un loco seguía

adentrándome en el laberinto. Aunque escuchara al fondo los rugidos de un monstruo hambriento.

Ya sabía algo de su pasado, y eso me consolaba y al mismo tiempo me desgarraba.

La enfermera

Cuando le diagnosticaron la enfermedad a mi padre, pedí un mes en el trabajo y regresé a la ciudad y a la casa donde había vivido hasta ir a estudiar a Madrid, para poder visitarlo todos los días en el hospital. Sabía que Gafas, aunque no hubiese abierto la boca,

esperaba eso de mí. Mis hijos solo fueron un fin de semana y eso me dolió. Pero su abuelo vivía a quinientos kilómetros, y a ojos míos, quién sabe si demasiado magnánimos, su edad les disculpaba.

Había una enfermera que, cuando yo estaba de visita, se dejaba caer con mayor frecuencia de la necesaria por la habitación, moviéndose con sigilo. Era de constitución frágil, morena de pelo y de piel, ligeramente encorvada y de cejas pobladas, con los pómulos marcados y un rostro vagamente indonesio, exótico. Había en ella algo extraño e inquietante, y puede que

atractivo.

—Le gustas —me dijo mi padre.

—Qué dices, Gafas.

—Hazme caso, le gustas.

Oí a un celador referirse a ella como «la barbantesa». El apodo me recordó que Gafas, de niño, capturaba mantis religiosas y las encerraba en frascos de cristal. Introducía luego saltamontes, y en alguna ocasión alguna abeja. La mantis los empezaba a devorar cuando aún estaban vivos. Era una asesina perfecta e insaciable, que comía hasta casi reventar. Era un entretenimiento de posguerra, de una época pobre e inmisericorde. Gafas introdujo alguna

vez un macho, y la hembra, tras la cópula, lo devoraba. Sabiendo todo aquello, el apodo resultaba cruel.

A veces la enfermera de pómulos marcados se me quedaba mirando fijamente, en silencio y con los ojos irradiando una especie de tristeza insondable, pero también de determinación. Por suerte enseguida se daba la vuelta y se marchaba.

Una semana después de que Gafas muriera empecé a recibir llamadas de la enfermera, Belén, que no se acostumbraba a no verme en el hospital. Había obtenido el teléfono del fichero. Me suplicaba una cita. Que iría a

Madrid en autobús el día que yo fijara. Aseguraba que se iba a suicidar si no me veía. Que me amaba. Que no soportaba no verme ya todos los días en el hospital. Que estaba muy sola. Al principio la rechazaba con paciencia y educación, y durante una temporada me sentí a disgusto e incluso culpable. Un día, malhumorado, la insulté y le prohibí volverme a llamar. Aguardé, esperando oír unos sollozos. Pero la enfermera, con esa determinación que la caracterizaba, me dijo:

—Te sigo amando, aunque tú aún no te des cuenta de que también me amas. Me da igual que me desprecies, porque el

amor también es sufrimiento. ¿Qué sería mi amor si me desinflara a las primeras de cambio?

Había pasado más de un año y seguía llamándome. A lo mejor estaba dos meses sin saber de ella, pero de pronto recibía cincuenta llamadas en una semana, como una descarga de un lanzacohetes Katyusha. ¿Era eso amor o locura? ¿Y si era las dos cosas a la vez? ¿Y si se trataba de una misma cosa? ¿Podía haber amor *verdadero*, ese que salva cualquier obstáculo, ese capaz de renunciar o de sobreponerse a todo y que inspira poemas, óperas, películas y novelas, sin locura? Pensé que el amor

romántico, el amor *verdadero*, era una bella locura. Cuando era correspondido se denominaba así: romántico, verdadero, y era prestigioso. Pero cuando no era correspondido —aunque su esencia fuese idéntica—, se llamaba simplemente *locura*, y quien lo profesaba no era una persona valiente y libre, sino perturbada.

La enfermera tenía algo de loca, y a la vez, yo reconocía que había en ella algo grande y hermoso, casi heroico. Y durante aquellos días pensé en ella a menudo, pues me preguntaba si lo que yo sentía por la lituana era igual, e igual mi situación, vista desde fuera. Llamé a lo

largo de una semana cuatro o cinco veces a Irina. *¡Qué bella eres, amada mía, qué bella eres! ¡Palomas son tus ojos!* No podía quedar o sencillamente no contestaba. ¿Estaba siendo tan insistente como la enfermera? ¿Era un héroe del amor romántico o un pobre loco?

En un periódico que le había comprado a Gafas en el hospital, en los días de aquel enamoramiento feroz, había leído una noticia sobre «la catedral de los cristales», unas formaciones de yesos gigantes, de hasta diez metros de longitud, aparecidas en Naica, en una cueva del desierto de

Chihuahua. Había una fotografía de un hombre entre aquellos cristales blancos y relucientes como el hielo, algunos verticales como columnas, la mayoría inclinados o tumbados como árboles derribados por el rayo. La cueva se había descubierto al excavar una galería de una mina de plomo, a trescientos metros de profundidad. Los mineros se encontraron con «una sala de belleza estremecedora».

Me gustó leer una frase así en un periódico: «una sala de belleza estremecedora».

Normalmente los cristales de yeso tienen solo unos centímetros de longitud.

Aquellos habían necesitado un millón de años para alcanzar los diez metros de largo y el metro de espesor. Crecían el grosor de un cabello cada cien años. La cueva era como un escenario de ciencia ficción. Desde la lectura de aquel artículo, soñaba con visitarla y fotografiar esos cristales immaculados y brillantes que tenían un millón de años.

Y últimamente había empezado a imaginar, en esos instantes de bruma que preceden al sueño, que hacía allí el amor con Irina y que nuestro amor tenía también un millón de años.

Algo a cambio

Por fin obtuve una cita con Irina. Pero fue porque me llamó para que la acompañara en taxi a una dirección, en Arturo Soria, y la esperara fuera.

—Pero ya sabes cómo va esto, tú me tienes que dar algo a cambio.

La acompañé. Era la dirección que

había apuntado en una servilleta para invitarme a un masaje. Bajé primero y esperé a que saliera para cerrar la puerta. A ella le halagó el detalle.

—Mi coche está en revisión —explicó antes de franquear la verja del chalé.

Aparentaba ser un centro de rehabilitación normal y corriente. ¿Era una masajista normal y corriente, o había algo más allí? ¿Masajes con final feliz? Pensé en entrar, decir a la recepcionista que tenía una cita con Irina y preguntar si mi seguro lo cubría. Si lo cubría un seguro, no sería lo que estaba imaginando. Dudaba si entrar o no. Resolví no averiguarlo y aguardar en la

calle. ¿Por qué había querido que la acompañara? ¿Para verme, para ahorrarse el taxi, porque le proporcionaba algo de protección, de seguridad? ¿Para comprobar si tenía paciencia, si sabía esperar?

Aguardé dos horas, al cabo de las cuales reapareció.

—Bueno, ¿y tú qué quieres?

—Que cenemos juntos.

Reflexionó durante unos segundos.

—De acuerdo. Pero me pueden llamar en cualquier momento, veinticuatro horas, y si me solicitan, tengo que ir.

—Pero entonces tendremos que volver a empezar. El trato es una cena

completa.

Volvió a reflexionar un instante antes de aceptar.

—¿Cómo te están yendo las cosas?

—Tengo varios objetivos, pero ninguno acaba de decidirse.

Fue la primera vez que oí esa palabra en sus labios, «objetivos». Una palabra que aumentaba mis miedos y recelos. Pero temía que, si la interrogaba, se enfadase y decidiera dejar de verme.

Tres cenas encadenadas me encadenaron todavía más. La primera fue en Puerta 57, un restaurante desde el que se veía el césped del Santiago Bernabéu. Ella lo había escogido. Una

vez la habían invitado a cenar allí. El suelo era de losas cuadradas blancas y negras. Cuando se presentó, no pude evitar una sonrisa. Llevaba un vestido a cuadros blancos y negros, abierto en V por la espalda, que le sentaba maravillosamente.

—Yo jugaba al ajedrez —contó—. Daba clases de pequeña. Los rusos somos los mejores del mundo —añadió con satisfacción.

—También sois buenos para la música clásica, ¿no?

—Algunos, pero yo no. Un oso me pisó la oreja. —Sonrió con picardía. Nunca la había visto de tan buen humor

— ¿Tú sabes jugar al ajedrez?

—Claro. Hubo una época en la que jugaba bastante con mis hijos.

El campo, vacío y grande, tenía algo de solemne, irreal y funerario, pese al césped fresco y verde.

—Me gusta el Real Madrid, porque es un equipo de triunfadores —dijo, después de que nos trajeran la carta—. Yo admiro a los que triunfan. ¿Y tú?

—Depende. Hay triunfadores a los que admiro, y otros a los que desprecio.

—¿Te gusta el fútbol? —inquirió.

—No. ¿Y a ti?

—Me gusta más la gimnasia. En San Petersburgo era profesora en un colegio.

Y pronunciadas esas palabras, hizo algo que aún hoy me parece un sueño: sin moverse de su asiento, aunque inclinándose hacia un lado, levantó con un movimiento lleno de gracia la pierna derecha, por cuyo muslo resbaló la falda del vestido, poniéndola completamente vertical, en una postura que se diría imposible. Ella me miraba, con una expresión divertida, a la vez que cortaba como si tal cosa un trozo de carne, mientras yo, hipnotizado, no podía apartar mis ojos de aquella pierna esbelta, delgada aunque deliciosamente torneada, recta, como una columna cuyo capitel era un zapato negro de tacón. Oí

el sonido de una bofetada. Una mujer se la había propinado a su pareja.

Irina bajó la pierna, y supe que ya nada volvería a ser igual.

—¿Cuánto pesas?

Y me sorprendí a mí mismo por preguntar esa tontería después de aquella escena. Quizá fuera un intento de volver a la normalidad, de poner los pies en el suelo.

—Cincuenta y cuatro kilos.

—Pues tienes que llegar a los cincuenta y seis, por lo menos.

Ella rio; quizá de forma mecánica, pero rio. Me quedé mirándola, prendado de aquella risa.

—Me recuerdas a mi hermano. —Y tras un silencio, añadió—: No me vuelvas a mirar así. Si me vuelves a mirar así, voy a enterrar tus ojos.

Aquella expresión, ¿era una amenaza mafiosa, una frase hecha traducida literalmente, como lo de «un oso me pisó la oreja», o la acababa de inventar? Y en este último caso, ¿debería considerarse como un hallazgo poético o como una muestra de ferocidad?

—Tenía un amigo —dijo—. En Vilna. Mi mejor amigo con doce años. Se parecía a mi hermano. Tus ojos me lo recuerdan, no por el color, pero me recuerdan. Se perdió en un bosque,

siguiendo un zorro. Lo encontraron dos días después. Estaba congelado, con los ojos abiertos. No me mires así, te he dicho.

Me emocionaba aquella confesión íntima y, a la vez que me sentía más enamorado cada segundo que pasaba, me inspiraba lástima. Una llamada nos interrumpió.

—Es el objetivo número 1 —me informó tras colgar—. Mi preferido. Un caballero. Le eché el anzuelo en la clínica. Sabía que era un buen trabajo para pescar —agregó, con una especie de orgullo—. Adiós.

Terminé mi plato, esperé a que me

trajeran la cuenta mirando el césped iluminado, pagué y me marché. Preferí pasar por alto lo del objetivo número 1; elegí, como un enfermo cobarde, no preguntar.

Tres días después fuimos a cenar a un restaurante ruso, reservado por mí. Propuse tomar algo que tuviera caviar.

—Si vuelves a pronunciar esa palabra, te corto la cabeza —me advirtió, muy seria.

—¿Qué palabra?

—Caviar.

De pronto estalló en una carcajada.

—¿De qué te ríes? —pregunté, desconcertado.

—Has puesto una cara tan cómica...

Esta vez llegamos a los postres. Una cantante teñida de pelirrojo, con atuendo de zíngara, pulseras, brazaletes y colorido pañuelo, amenizaba la velada con sus bailes, su voz y un acordeón. Reconocí la melodía de *Those were the days*, y entonces Irina me explicó que era una canción rusa que se llamaba *Dorogoi Dlinnoyu* y que todo el mundo había copiado.

—¿Conoces un vals que se llama *Las montañas de Manchuria*?

—No.

—Es muy bonito. A mí me encantaba bailarlo.

Se había emocionado. Añadió algo, pero no lo entendí, pues apenas fue un soplo de voz quebrada. Se le iban a saltar las lágrimas. Cogió la servilleta y se pasó una esquina por el borde de un ojo.

—Una pestaña —mintió, sobreponiéndose—. No es tan bueno tenerlas largas. Algún día te enseñaré a bailar —añadió, con voz serena—. Voy a pedir un deseo.

Fingió que depositaba la pestaña imaginaria en la palma de su mano, cerró los ojos y sopló. Me enterneció aquella pantomima hecha para ocultar su debilidad.

Cuando estábamos escogiendo los postres sonó su móvil. Tras una breve conversación abandonó el restaurante, y yo pedí la cuenta. Aquellas dos cenas inacabadas sirvieron para continuar estableciendo entre nosotros unos lazos sólidos y finos a la vez, como sedales de nailon. A algunas cosas que ya sabía fui sumando otras.

Le gustaban los triunfadores, el ajedrez y los niños (se notaba en cómo los miraba, sin atreverse a acercarse, como una persona honrada no se atreve a tocar una joya ajena), vivía en Ferraz, tenía una flexibilidad de gimnasta y ganaba dinero dando masajes. Estaba

obsesionada por conservarse joven y hermosa y no apreciaba demasiado a los hombres (aunque adoraba a su padre y a su hermano). En sus ojos destellaba, en momentos de descuido, una pena profunda, y yo no podía quitarme de la cabeza la imagen que de ella me había forjado: un jarrón chino en el cuarto de juego de unos niños. Y lo peor de todo, que planeaba sobre el resto como un milano buscando una presa, aunque no lo hubiese dicho con claridad buscaba a un hombre rico para casarse y pagar una deuda familiar, un hombre que no podía ser yo.

Llevaba esa cruz con admirable

entereza.

De ese puzle inacabable que es toda persona, ya tenía algunas piezas, como tenía bastantes del otro, que ahora avanzaba más lentamente. Eso era mi vida ahora: hacer un puzle de una mujer viva, hacer un puzle de un hombre muerto.

Pálida y con cicatrices

Oscurecía más tarde, las jornadas se estiraban intentando acariciar el aún lejano estío y Madrid fingía ser una ciudad despreocupada. Yo pensaba en Irina cien veces al día.

La tarde siguiente a la cena en el ruso, volviendo del trabajo, me senté en un

banco de madera de la calle de los Ministriles Chica, que era más bien una placita. Había unos juegos para niños y un cartel que advertía que la zona estaba vigilada por cámaras. Una pintada naíf, con árboles de troncos oscuros y copas de colores, ocupaba todo un muro ciego que daba a la plaza. Atardecía, y la luna blanca, cortada por la mitad, resaltaba en un cielo azul que se desteñía. Su blancura estaba salpicada de manchas como cicatrices.

He dicho cien veces al día. Cien, veinte o doscientas, qué más da. El amor no es asunto de matemáticos. Pensaba en ella constantemente. Siempre que veía

algo que me gustara, un centenar de botellas alineadas tras la barra de un bar, un árbol, un cuadro, un edificio, imaginaba que lo compartía con ella. Fantaseaba con estrecharla entre mis brazos, consolarla y protegerla, susurrarle que era maravillosa y que no estaba sola. Que alguien la amaba dulce y profundamente. La deseaba con una fuerza que antes de conocerla creía extinguida en mi interior.

Llevaba unos minutos sentado cuando vi que un viejo, que caminaba despacísimo apoyándose en un bastón, se dirigía hacia mí. Era escuchimizado y bajito, y vestía chaqueta, pantalones,

zapatos y boina negros, y una camisa blanca. No le conocía del barrio. Tardó un minuto en recorrer los quince metros que nos separaban. Teniendo en cuenta que viene de otro siglo no va tan lento, bromeé para mí.

—Buenas tardes —saludé.

—Buenas —respondió el anciano.

También sentarse le costó un trabajo. Estuvimos un rato en silencio, saboreando el espejismo de estar en un pueblo y no en una gran ciudad. Saqué las gafas.

—¿Le importaría ponérselas? Me gustaría fotografiarle con ellas.

El viejo, con un gesto, me pidió que se

las diera, y cuando lo hice, se las caló. Me levanté y le hice varias fotos. Posaba con toda la naturalidad del mundo. Llegó casi a la carrera un tipo de unos cincuenta años.

—¿Qué hace?

—Nada. Unas fotos —contesté tranquilamente.

—¿Con qué permiso? ¡Deje en paz a mi padre!

Creí que iba a zarandearme. En lugar de ello le quitó las gafas al anciano y me las tendió.

—¿Se está burlando de mi padre?

—Por supuesto que no —dije, recuperando los anteojos—. Son fotos

respetuosas. Eran las gafas del mío.

Nos miramos. El hombre, como contagiado por mi calma, se serenó.

—Ah, si tú eres ese. El que hace esas fotos.

—Sí. ¿Puedo hacerle una a usted?

Se volvió hacia el viejo y le ayudó a levantarse.

—Me han dicho que... —El hombre vaciló—. Son de un muerto, ¿no?

—Sí.

—Pues no quiero fotos. Vamos a casa, padre.

—¿Quién era, hijo? ¿Le conozco?

—No pasa nada, es un fotógrafo, uno que tiene una novia rusa que es modelo.

Se alejaban con su paso de caracol. Miré en la cámara las fotografías. Me gustaba el viejo, huesudo y con la piel cuarteada como un terreno seco, con una expresión plácida, relajada. Pero no valdría para la serie. No hallaba en sus ojos ese abismo de infelicidad, esa herida de huérfano. Me pregunté si también eso lo podría borrar el alzhéimer. Volví a pensar en Gafas y en cuánto lo extrañaba.

Las casas se habían ido tiñendo con la luz hermosa y suave, aunque arrebatada, del crepúsculo. Se encendieron las farolas con un resplandor naranja, sopló un poco de aire y me sorprendí

diciéndome, con una suerte de orgullo, que este era mi barrio. Me acordé de mis antiguos amigos. Los coches caros, las urbanizaciones, las piscinas. ¿Quién de ellos podría apreciar la belleza de aquella plaza? Me acordé de mi ex, que había reunido el valor para buscarme y abrazarme y pedirme perdón.

Ya en mi estudio miré al cielo, buscando aquella luna de la plaza. Hallé en internet *Las montañas de Manchuria*, y escuché el vals. Era, efectivamente, muy hermoso, y a ratos muy melancólico. Me pregunté cómo habría sido Irina de adolescente. ¿Era como esa luna pálida y con cicatrices? Pensé en

sus heridas, el cambio de país, el amigo congelado, lo que la había traído aquí, el desarraigo. «Siempre hay algo de locura en el amor; pero también hay siempre algo de razón en la locura», había escrito Nietzsche.

Me dormí imaginando a Irina bailando ese vals con un hombre cuya cara no veía, y que podría ser yo, y pensando que el amor curaba y enfermaba a la vez.

El presente es un regalo

Al día siguiente me llamó mi sobrina para decirme que quería conocer el estudio. Era, además de mi hermana y mis hijos, la única familia que me quedaba. Desde hacía un año era gótica. No lo era aún cuando le hice la fotografía con las gafas, un retrato que

no pasó la criba.

La última vez que habíamos coincidido me confió que quería trabajar en un circo como malabarista. Era guay, si no encontrabas curro te podías poner en los semáforos. No supe qué decir. En cierto modo temía la cita.

Se presentó toda de negro, con un vestido abierto por las piernas hasta la cintura y unas botas altas. Llevaba una cadena gruesa con una cruz y un collar plateado, más discreto, con una arañita. Lucía un *piercing* en un labio y otro en una ceja. Un tatuaje de un puñal en un brazo. Si tenía ojeras lo disimulaba, porque se las había sombreado. Los

labios estaban pintados de morado oscuro. No era guapa. La quería y me daba pena. Quizá nos entristezca todo aquello que amamos, y la conciencia del paso del tiempo sea la causa de ello. Nos besamos en las mejillas.

—¿Y todas esas fotos? —se sorprendió—. No sabía que hubieras hecho tantas. Has empapelado tu guarida con fotos con las gafas del abuelo, estás loco —rió—. ¿Y ese cuadrado de corcho?

—Es un rectángulo, diez fotografías por ocho, noventa centímetros por noventa y seis. Llevo ya setenta y cinco, estoy terminando. Son las seleccionadas.

Las demás —moví la mano, indicando el resto de las paredes— son descartes.

—Vaya, a mí me has descartado —dijo, desilusionada.

—Quizá sea mejor no estar.

—Pues a mí me gustaría, se nota que es más importante. Imaginaba más grande tu cueva. —Cambió de tema—. Te mereces algo mejor.

—Gracias, para mí está bien. Vivo solo, ya sabes. ¿Quieres algo? ¿Un té?

—Una cerveza.

Recordé que mi primera cerveza la tomé con quince años, los que tenía ella. Eso no me parecía mal entonces, pero sí ahora. Es un proceder muy extendido

entre los adultos, criticar en los jóvenes lo que ellos habían hecho a su edad. Abrí la nevera y saqué una lata de Coca-Cola.

—No me quedan cervezas —mentí.

Después puse una música tranquila.

—Me gusta tu música, tío. Es sedante.

Nos sentamos.

—¿Te parezco sexi?

—Me pareces mi sobrina. Mi guapa sobrina.

Durante un rato no dijimos nada. Abrió la lata y el sonido del gas y de la anilla al romper el aluminio cruzó por un momento la salita como un disparo.

—¿Y cuando se quedan a dormir mis

primos?

—Nos arreglamos con el sofá y un colchón. Es muy divertido, como ir de acampada. ¿A qué se debe el honor de tu visita, ahijada?

—Estoy pensando en suicidarme.

Lo había dicho sin mirarme y ahora yo buscaba sus ojos, intentando saber si hablaba en serio. No, pensé. Alguien que de verdad se quiere suicidar no va a ver a su tío para contárselo. ¿O sí? Quiere llamar la atención, quiere cariño. Quiere que le dé motivos para no hacerlo. Pero encontrarlos no era tan fácil como podría parecer a simple vista.

—¿Y por qué?

Al fin ella volvió los ojos tranquilos hacia mí. Tampoco su voz denotaba ninguna emoción especial.

—¿Y por qué vivir, si la vida es una mierda?

—No siempre. Y no me hables así.

Fui al fregadero y me serví un vaso de agua para ganar tiempo.

—Piensa en la increíble casualidad que es haber nacido. —Me senté—. En la infinidad de circunstancias absolutamente improbables que han tenido que combinarse para que tú y yo estemos aquí respirando. La creación del mundo, hace millones de años, y

luego de la vida, y de los humanos, las circunstancias de cada individuo, las cadenas de padres e hijos, los días de fecundación, los millones de espermatozoides. —Me miró divertida, con un brillo de asombro en sus ojos, como si estuviera volviéndome loco—. Lo raro es estar vivos. La nada es lo normal. ¿Por qué no disfrutar de lo excepcional, de este privilegio que es como un paréntesis? Cuando el amor le quita el sitio a la violencia es tan maravilloso... Fíjate en las hojas de los árboles, en las nubes, en los ojos de las personas. Mira el prodigio de tus manos, cuántos movimientos han aprendido, qué

precisión tienen los dedos, qué suavidad. Para que la vida merezca la pena no es necesario ser feliz, basta con observarla. Es un auténtico milagro que estemos tú y yo aquí hablando, solo por eso tenemos que vivir.

—No sé. —Dio un trago—. ¿Como si fuera un deber, una deuda o algo así?

—Algo así. La muerte, ser piedra, polvo, nada, ya lo tienes. ¿Para qué adelantar su llegada?

—A veces, antes de dormirme, pienso en tirarme por un puente y terminar con todo. O en abrirme las venas. O tomar pastillas. He mirado en internet. Dicen que si te asfixias con gas no duele nada.

La muerte dulce, la llaman. El mundo está lleno de peña que quiere morir, ¿lo sabías?

—No es lo mismo escribirlo que sentirlo. No es lo mismo decirlo que desearlo —argumenté—. Hubo una época en la que yo también lo pensé.

—¿Cuando te separaste, o más joven?

Miré por la ventana. Una farola traicionaba la noche.

—¿Y sabes por qué no lo hice?

—¿Por qué?

—No por falta de valor. Fue porque en realidad no quería hacerlo. Y tú tampoco quieres hacerlo, Adela. ¿Has cenado?

—No.

—¿Tienes hambre? Si quieres te invito a una zapatilla.

—¿Una zapatilla?

—Del número 45, más o menos. Las dan en un bar de aquí cerca, una hogaza rellena de queso y lacón.

—No te molestes, pero gracias. Hay gente muy colgada.

—Puedo hacerte una tortilla.

—De verdad, no te molestes. Uno dice que antes de tirarse va a matar a sus vecinos con un bate de béisbol. Otro le anima a hacerlo con una catana.

Batí un par de huevos. Vertí un poco de aceite en una sartén y cuando estuvo

caliente los eché con una pizca de sal.

—Hay gente que se mofa de los que se quejan, les insulta y les dice que se suiciden de una puta vez, y que el mundo estaría mejor sin unos perdedores como ellos. La gente es asquerosa.

—No toda. Siempre hay diamantes en el barro.

—Bueno, sí, algunos son guais. Una mujer mayor, Charo, bueno, tenía toda la pinta de ser mayor, decía que no existe el pasado ni el futuro, solo el presente, y que, como la propia palabra dice, el presente es un regalo y hay que disfrutarlo. Eso me hizo reflexionar.

—Toma. —Le puse el plato en la mesa

con un trozo de pan.

Empezó a comer.

—Estoy leyendo un libro de vampiros. ¿Quieres que te lo pase cuando lo acabe?

—Bueno —dije, sin mucho entusiasmo.

Ya no hablamos más del suicidio. Cuando terminó la tortilla la acompañé hasta la puerta. Miré su semblante. Tenía unos ojos más bien pequeños, oscuros y graves, y me parecieron bonitos.

—No vas a hacer ninguna tontería, ¿verdad?

—Lo más seguro es que no. Quería impresionarte.

Me sonrió, cohibida.

—Pues lo has conseguido. Aunque me gusta más cuando me impresionas con tu sonrisa.

—¿No me das una segunda oportunidad? Quiero estar ahí.

Señaló las fotos. Tampoco estaban mis hijos. Ese era mi gran triunfo. Que no tuvieran un pájaro desvalido en la mirada. Fui por la cámara y las gafas. Me apenaba, pero ese era su sitio.

—Toma. Póntelas —dije, tras limpiar los cristales—. Y ya sabes, cierra los ojos y ábrelos cuando te diga. El abuelo era muy miope, ¿te acuerdas?

—Sí. Y muy sabio. Yo creo que había

visto demasiado.

Era cierto, y recordé que eso mismo había pensado yo de Irina cuando la vi por primera vez. Se puso las gafas.

—Ya.

Abrió los ojos y sonrió tímidamente. Disparé dos veces, y luego tendí la mano para recuperar los anteojos.

—¿Qué tal?

—Son perfectas. —Ya tenía el retrato número 76—. Elegiré una para el rectángulo.

—He entrado por los pelos, ¿eh? —dijo, animada—. ¡Ya solo te quedan cuatro!

Abrí la puerta. Salió y me detuve en el

umbral. Nos besamos en las mejillas. Percibí el calor de su cuerpo, tan joven, tan fresco. Había empezado a irse cuando se dio la vuelta, repentinamente.

—¿Estás con alguien? La tía Paula era un poco imbécil, perdona que te lo diga.

—¿Por qué dices eso?

—¿Te acuerdas de cuando jugaba con los primos en vuestro jardín con los Clicks?

—Sí.

—Un día a tus hijos se les perdieron dos, porque los lanzaron a la casa del vecino. Tía Paula dijo que los que se habían perdido eran míos, y me quitó dos.

Me lo imaginé perfectamente. Esa era su forma de defender lo suyo.

—Lo siento. No me enteré.

—Todavía me acuerdo, yo tenía seis años. Deberías buscarte una novia, tío. Adiós.

—Adiós. Da un beso a tu madre. Y dile que estoy muy bien.

Tras cerrar la puerta fui a la ventana para asomarme. La vi asegurarse de que el portal se quedaba cerrado, una figura frágil y vulnerable que no resultaba — pese a que lo pretendiera— nada siniestra. Miró a derecha e izquierda y tomó la buena dirección, la del metro más próximo. Pensé que tendría que

llamar a su madre, para contarle aquella conversación. Se alejaba haciéndose más pequeña, el ruido de sus botas apagándose, y sentí que la quería muchísimo.

Entonces cogí el teléfono y llamé. Saltó el contestador.

—Irina —dije—. Es un milagro estar vivos.

Un trocito de tarta

Me encontré por casualidad con un antiguo amigo, perteneciente al círculo compartido con mi exesposa. Me preguntó por mi vida, y le conté que últimamente tenía una cena a medias, que se interrumpía y nunca acababa, y me escabullí. No le propuse que se

dejara fotografiar con los anteojos porque la serie GAFAS tenía dos únicas limitaciones: nada de retratar a gente del trabajo, y nada de retratar a gente de mi antigua vida, salvo Paula, quien, al fin y al cabo, había sido la nuera de Gafas.

Esa noche había vuelto a quedar con Irina. Casi prefería que ella tuviera que volver a marcharse antes y deberme así una nueva cita. Fuimos a un restaurante argentino, y ella se dejó la mitad de la carne.

—¿No tienes hambre?

—Sí.

—¿Entonces?

—Estoy gorda.

—Estás muy delgada.

—Peso cincuenta y cinco. He estado a punto de anular la cita.

—Habría sido una pena.

Me miró con una expresión entre hostil y compasiva, antes de arrastrar mi galantería por el suelo:

—¿Es que no lo entiendes? Tengo que estar siempre de buen humor, ser complaciente, y que la ropa me sienta perfectamente. Ellos son mis objetivos, y yo su objeto.

Al pronunciar esas palabras se había encendido. No supe qué replicar.

—Perdón —se excusó, por la vehemencia con la que había hablado. Y

también, por poner sobre la mesa sus preocupaciones, por haber levantado la visera de su armadura.

—Perdona tú —dije.

Puse mi mano sobre la suya. Ella me miró con aquella especie de fuerza contenida, de seguridad. Me disponía a ofrecerle mi ayuda, a pedirle que confiara en mí, que me lo contara todo, cuando de pronto retiró la mano y palideció, su cara se convirtió en un rictus y comenzó a respirar como si padeciese un ataque de asma. Demudada, jadeando, miraba hacia la puerta. Entreví a un hombre de mediana edad trajeado, blando sin llegar a ser

gordo, con una camisa rosa, que abandonaba el restaurante.

—¿Qué te ha pasado?

—He vuelto a perder el control — contestó, calmada por un momento.

Añadió algo en ruso que sonó como un escupitajo. Se levantó para marcharse y empezó a temblar. La agarré del brazo, pero ella se soltó.

—Me he dejado arrastrar por ti, qué tonta soy, qué egoísta. He arriesgado todo...

Tras decir eso, cogió la cuchara, partió un trocito de la tarta que había pedido de postre y que aún permanecía intacta y, sin dejar de mirarme fijamente,

se lo introdujo despacio en la boca.

Aquel gesto, libre de cualquier connotación sexual, significaba que habíamos llegado a los postres, que la cena se había completado y no habría más, Irina abandonó el restaurante. Salí tras ella, me deshice de un camarero que, quizá, se figuraba que pretendía irme sin pagar, y en la calle solo alcancé a ver cómo cerraba la puerta de un taxi, que arrancaba y se perdía entre el tráfico.

Al llegar a casa la llamé, insistí, pero no contestaba. Recapacitando, me di cuenta de que, aunque yo lo hubiera pasado por alto, Irina siempre había

mantenido una actitud vigilante, alerta, como un adúltero que teme ser sorprendido con su amante en un lugar público, o como alguien que está en peligro.

A la mañana siguiente, que era sábado, pasé por la cafetería de Ferraz. Tomé un café haciendo tiempo, mirando hacia su portal por si aparecía. Para combatir mi desazón, me puse a caminar sin rumbo fijo, y al cabo de una hora me encontré en el barrio de mi niñez. Entré en el supermercado, que seguía llamándose igual. El cajero era el mismo de siempre, aunque ahora era como una postal descolorida. No me reconoció.

Compré unas chocolatinas y salí. Quise ver la pequeña papelería de la esquina, que por aquel entonces habían abierto dos jóvenes callados, de facciones angulosas y marcadas, algo ojerosos, hermanos, posiblemente. Mi hermana y yo aventurábamos que eran heroinómanos rehabilitados. La tienda ya no existía. En el escaparate había anuncios de pisos y locales en venta y, como si se tratara de un chiste, un cartel de DISPONIBLE. Pasé después por el quiosco en el que Gafas compraba el periódico y yo chucherías y cromos, y luego por la tienda de deportes y juguetes en la que había adquirido mis

primeras botas de fútbol pagadas con mi dinero, unas Adidas con tacos recambiables. Ahora era una franquicia de una conocida marca de ropa. Me detuve en mitad de la plaza, que entonces me parecía inmensa, en la que tantos partidos de fútbol había jugado con mis compañeros del colegio o con mis vecinos, usando como porterías los bancos de madera. Al fotografiar aquellos lugares sentía, con un aguijónazo cruel, cómo todo pasaba y nada volvía, cómo somos figuras de papel a merced del viento.

Unas manos bajo la mesa

El día siguiente, domingo, era su cumpleaños. Seguía sin contestar mis llamadas.

En una floristería elegí una docena de rosas amarillas y fui a Ferraz. Me aposté frente a su portal. Estuve horas sentado en un banco, sin hacer nada. Me compré

un bocadillo en la cafetería y lo comí en aquel banco. Por fin bajó a la calle. Cuando cruzó su mirada con la mía, comenzó a caminar a buen paso en dirección opuesta con aquellas piernas que me conmovían. La alcancé.

—Felicidades.

Y le di las flores. Tuve la impresión de que el rubor coloreaba su pálida piel surgiendo desde dentro, y no extendiéndose desde la superficie. No sabría explicar por qué, pero esa fue la impresión que tuve. Las olió con los ojos cerrados.

—Gracias. Eres la única persona que me ha felicitado. Y además, con flores.

—De pronto rio—. ¿Sabes que las amarillas significan «despedida»? En España hay muy pocas flores.

—¿Dónde ibas?

—A comprar agua. Gracias. —Miraba las rosas—. Hay que dar un número impar, pero que no sea el trece. Las flores pares son para los muertos.

—Son doce.

Irina separó una y la dejó sobre un banco. No las había rechazado. ¿Significaba eso que le gustaba? ¿Me hacía ilusiones, como un quinceañero fantasioso, o realmente sentía por mí algo tan fuerte como yo por ella? ¿Era un amor de doble dirección?

En un supermercado compró dos garrafas de agua mineral. Me ofrecí a subirlas.

—Mejor no entres conmigo.

—¿Por qué?

—Es mejor así. Además, tú no eres un objetivo.

—¿Y no puedo serlo?

—No eres rico.

—Pues te espero. Ser pobre no impide tomar algo para celebrar un cumpleaños.

—Bajo enseguida. Quiero arreglarme.

—Me miró inquisitivamente—. ¿Sabes tener paciencia?

—Creo que sí.

—En la vida es muy importante. Hay

que tener paciencia, hay que saber esperar. Como tú hoy. Te vi desde la ventana. Has estado horas en ese banco.

Mientras aguardaba, pensé en aquello de los objetivos. ¿Había venido Irina a casarse con un rico, amenazada por la mafia? ¿Se prostituía? Seguía sin saber qué pensar. ¿Es una prostituta una mujer que se casa por dinero?

Irina tardó en bajar más de media hora. Se había cambiado y maquillado, y en lugar de enojarme me tomé su demora como un cumplido. Olía a un suave perfume. Se había recogido el pelo con una cinta negra de terciopelo a juego con el vestido, y lucía en el cuello una

cadena de plata, y en su brazo desnudo un brazalete. *Tu talle se parece a la palmera, tus pechos, a los racimos. Me dije: Subiré a la palmera, recogeré sus frutos.*

—Mejor no vamos a cenar, no tengo tiempo. Solo un cóctel. Y no me preguntes cuántos años cumplo. El tiempo juega en mi contra. —Y forzó una sonrisa.

Fuimos a Del Diego en taxi. Ella lo conocía. Se quitó las gafas de sol.

—Aquí me invitó el primer día el objetivo número 3. Pero es de los que no te daría ni nieve. Se notaba que le dolía llevarse la mano a la cartera.

—¿Qué es eso de los objetivos? — pregunté, pese a que la palabra era suficientemente expresiva.

—Pues que me conocen, y son mis posibles... —Se esforzaba por encontrar una palabra distinta—. Salvadores.

—¿Y cómo va eso?

—Muy bien. Tus fotos me están ayudando mucho, pero solo sirven para una agencia normal.

—¿Y qué es una agencia normal?

—Eso. —Se encogió de hombros—. Normal. Y basta ya de preguntas. Si sigues por ese camino me voy.

Se acercó el camarero, Irina pidió un mojito y yo un Dry Martini.

—Como James Bond —dijo.

Me frustraba hablar de asuntos banales, sabiendo que por debajo corría un torrente oscuro. Quería preguntarle, que me contara en qué andaba metida, ofrecerle mi apoyo. Pero acababa de advertirme de que, de ir por ese camino, se marcharía. Tenía que encontrar el momento oportuno para lograr que se abriera, que aceptara mi ayuda. Debía ser paciente. Es importante tener paciencia, como ella decía.

—¿Te gustan las películas de James Bond?

—Sí, me gustan las películas románticas —respondió—. *Shaken, not*

stirred.

Desconcertado por lo de las películas románticas (aunque sí, quizá lo fueran), le expliqué que el Dry Martini era el cóctel más famoso del mundo.

—Unos dicen que se inventó durante la fiebre del oro en California. Un buscador de oro ofreció unas pepitas al que hiciera el mejor cóctel en el bar de un tal Jules Richelieu, en la ciudad de Martinez, en la bahía de San Francisco. En honor de la localidad, el cóctel ganador se llamó Dry Martini, porque pronunciaban así Martinez.

Me escuchaba con atención. Pensé que siempre había sido así, que cuando

fingía, cuando me disfrazaba y actuaba, despertaba más interés. ¿Cómo no iban a fracasar los matrimonios, si nos enamorábamos de otros, si todos engañábamos?

—Otros dicen que lo inventó en 1911 el barman del hotel Knickerbocker, de Nueva York, un italiano, Martin di Arma di Taggia, para Rockefeller, el magnate del petróleo, y que lo de Martini viene de Martin. No suficientemente contentos con el origen de Martin di Arma, los italianos aseguran que se inventó en Italia, y que se llama así por el vermut Martini. Los ingleses, haciendo uso de su inventiva y pensando no en Arma,

pero sí en las armas, dicen que es por el fusil Martini&Henry, que tenía mucho retroceso, y el cóctel también te pega un culatazo. —Acompañé mis palabras dándome un golpe en el hombro—. Y hay más versiones, pero no quiero aburrirte.

—No me aburres. —Y como vio que callaba, preguntó—: ¿Y cuál es la verdadera?

—La que tú prefieras. Pero siempre con una aceituna dentro, o con una cáscara de limón.

El tiempo pasaba veloz a su lado, y a la vez yo sabía que esos minutos que volaban y se incorporaban a la nube

misteriosa del pasado nunca morirán.

—¿Conoces *Fernando*, la canción de ABBA?

—Sí.

—Mucha gente cree que es una canción de amor, pero es de la Revolución mexicana. A veces, cuando la oigo, pienso en ti.

¿Era eso una declaración de amor? Pedí un segundo Dry Martini, e inquirí sin poder contenerme, abandonando mis precauciones, abandonándome a mi impaciencia:

—¿Qué pasó el otro día? ¿Qué viste?

—Nada. Cosas mías. Mis negocios del corazón.

Otra vez había hablado desde el rincón más frío de su alma, y fue necesario otro cóctel para que el ambiente volviera a ser cálido. La culpa había sido mía, por querer incorporar el mundo exterior a nuestra burbuja. Pero ¿acaso se podían mantener separados, como ella pretendía? A veces dejábamos pasar uno o dos minutos sin decir palabra.

—¿Te puedo pedir un favor?

—Sí, pero ya sabes. No eres mi hermana, así que me tienes que dar algo a cambio. —Ya era una frase hecha, ella podía pedirme lo que quisiera—. ¿Qué favor quieres?

—¿Me puedes hacer más fotografías?

Son para mi familia.

Me dijo que *adoraba* a sus padres y a su hermano y a sus sobrinas. Su padre era alcohólico.

—Es por el frío —explicó con cándida sencillez—. Quiero fotos no sugerentes. Las podemos hacer aquí, así serán del día de mi cumpleaños.

—Aquí no saldrán bien —protesté—. La luz...

—Da igual. Quiero que sean simpáticas, no son para una revista de moda.

—Voy a pedirte algo por adelantado. —Enfrenté sus ojos sin pestañear—. Quiero que me concedas un honor.

—¿Qué honor?

—Sé que tú y yo nunca vamos a hacer el amor. —Oculté las manos bajo la mesa—. Pero quiero que me entregues tus manos, ahora.

Ella las metió bajo la mesa y yo las tomé, acariciándolas. Eran inesperadamente ásperas, pero eso me gustó, como me habría gustado que fuesen suaves. Estuvimos así durante un minuto, mirándonos sin apenas parpadear, ella una mirada limpia y gris, yo una mirada serena y marrón. Pensé que era un acto casi tan íntimo como hacer el amor. Sonó mi móvil y ella, como sorprendida robando un collar,

retiró sus manos. Vi en la pantalla el nombre de la enfermera, Belén.

—¿No vas a cogerlo?

—No. Es una de las enfermeras que cuidó a mi padre.

El móvil seguía sonando.

—Vaya, ¿te gustan los uniformes?

Por un momento se me pasó por la mente la idea de que Belén podría valer para la serie, pero contestar sería como abandonar el puzle de alguien que vivía para completar el de alguien que había muerto.

El móvil seguía sonando.

—Puedes cogerlo.

—No voy a hacerlo.

Nos mirábamos. Por fin dejó de sonar.

—De todas maneras, tengo que irme.

—Se levantó, y se inclinó hacia mí, provocativa o retadora—. Y creo que tienes razón: tú y yo nunca vamos a hacer el amor.

Sin esperar respuesta, se marchó. Mientras observaba cómo bajaba las escaleras sin mirar hacia mí, me dije que sí íbamos a hacerlo, que los dos lo deseábamos, que los dos habíamos dicho lo contrario de lo que pensábamos.

Como los pájaros aman el aire

Al día siguiente la llamé para hacerle aquellas fotos «no sugerentes», pero no conseguí hablar con ella.

Tres días después del día de su cumpleaños, cuando salí del metro, el cielo estaba negro y llovía a cántaros.

La gente caminaba sorteando charcos, o se resguardaba bajo las marquesinas. Mientras andaba hacia casa, resignado a calarme, protegiendo la cámara bajo la chaqueta, me gustó pensar que aquellos riachuelos que corrían por las calles estaban sucios porque las limpiaban. Cuando la divisé a lo lejos, con un paraguas de franjas azules y moradas y rojas, pensé que era una desconocida cualquiera a la que mi anhelo transformaba en Irina. Pero al acercarme comprobé que se trataba realmente de ella.

—Estás mojado como un pez —me dijo a modo de saludo.

—Y además me escama verte. ¿Qué haces aquí?

Irina apretó los labios sin comprender la broma, intentando quizá descubrir si había sido antipático. Solo había sido un chiste malo. Abrí el portal y entré tras ella.

—Qué alegría que me visites —dije mientras subíamos las escaleras.

—Llovía, y estaba cerca y me acordé de ti. Y me di cuenta de que quería verte. Y no ha sido por las fotos.

Habíamos llegado a la puerta. Busqué las llaves en mi bolsillo. El paraguas de colores había dejado un rastro de lágrimas marrones y brillantes en la

escalera de pino.

—Ya pensé que no ibas a venir. Creí que salías a las siete.

—Normalmente, sí —respondí—, pero hoy había bastante lío.

Me habría gustado, en ese momento, vivir en un piso más espacioso. Poder ofrecer algo más. Entramos.

—Si vuelvas a mirarme como antes voy enterrar tus ojos.

Asombrado, me volví. Se había quitado las gafas oscuras y sus ojos grises llameaban como el hielo.

No la corregí, y de nuevo no supe si se trataba de una expresión rusa traducida literalmente o de una amenaza mafiosa,

o si era una frase de su propia cosecha. De pronto me dio un manotazo en el hombro.

—¿Qué haces? —reaccioné, sorprendido—. ¿A qué viene eso?

Irina mantuvo por unos segundos su expresión feroz, y luego su rostro se dulcificó.

—Era una broma. Me pongo nerviosa al verte.

—¿Quieres algo? —pregunté, conteniendo las ganas de romper a reír de felicidad—. En la nevera tengo cerveza y Coca-Cola.

—No.

La lluvia percutía en la ventana. Nos

miramos en silencio. La situación amenazaba con ponerse tensa de nuevo, y yo no sabía qué decir. Afuera el viento gemía. Era una idiotez, pero me desazonaba ver cómo el agua que resbalaba por la tela del paraguas formaba dos charquitos en el suelo de corcho. Más que una idiotez era una especie de insolencia, que un detalle tan insignificante se entrometiera en lo único que importaba. La ropa mojada se me pegaba al cuerpo, y también eso me molestaba.

—Dame el paraguas —dije al fin—. Lo pondré en el baño.

—No.

¿Por qué se negaba, por qué estaba a la defensiva? Me desconcertaba.

—¿Quieres que te haga las fotografías que me pediste el otro día? El día de tu cumpleaños —aclaré sin necesidad.

—Está bien —casi parecía hacerme un favor.

Me dio el paraguas y se quitó la gabardina. Le hice, pues, varias fotos «no sugerentes». Pero de pronto se destapó un poco el hombro, y mirándome fijamente, entreabrió los labios.

—Esa es especial para mi papi —dijo. Preferí no indagar. Afuera seguía jarreando, y el viento silbaba.

—Ya está —decidió ella—. Y ahora dime qué quieres a cambio. No tengo dinero y tú no quieres lo que otros me pedirían, así que tenemos un problema.

—No. Ya me diste tus manos por adelantado, ¿recuerdas? Pero quiero hacerte una foto.

—¿Más? ¿Desnuda?

—Vestida. Con las gafas.

Miró las paredes cubiertas con retratos de gente diversa con aquellas extrañas gafas.

—Sabía que ibas a pedírmelo... Pero también que todo lleva su tiempo. Hay que tener paciencia, hay que saber esperar.

Le expliqué que eran las gafas de mi padre, que había muerto hacía un año y pico.

—A veces yo le llamaba Gafas.

Le hice seis fotografías. Sonriente, grave, mirando hacia la lejanía, triste... Y mientras las hacía, estaba seguro de que ya tenía el retrato número 77, y de que estaba a solo tres de acabar la serie GAFAS.

Cuando terminé, se puso la gabardina y cogió el paraguas. Avanzó dos pasos hacia la puerta, y antes de salir se detuvo un instante. Abrió. Obedeciendo a un impulso, me levanté, la tomé de la mano y cerré con suavidad. Después la

miré a los ojos, tan fijamente que casi se asustó. Sentía que mi corazón quería escapar por la ventana. Afuera la lluvia percutía en el cristal.

Y procurando esconder el temblor de mi voz le dije que se quedara. Que yo no era nada especial, que mi pasado no era deslumbrante ni prometedor mi futuro, pero que era capaz de ver que todo estaba en ella, todo el misterio de la vida y su explicación. Y que lo pensara dos veces antes de salir, porque jamás volveríamos a tener otra oportunidad igual, pues las horas y los días se consumían imparablemente. Y que, por favor, y esto era lo más importante,

después de pensarlo dos veces no saliera.

Porque yo la amaba como los pájaros aman el aire.

—¿Te acuerdas, Irina, de cuando te dije que nunca íbamos a hacer el amor?

Asintió con un leve movimiento de cabeza.

—Te mentí.

Una vela en Madrid

Dos días después volvimos a vernos.

La había citado en la plaza de Oriente, junto a la estatua de Wilfredo el Velloso. Nos sentamos en la terraza de un café. Me miró, sacó el móvil de su bolso y lo apagó. Aquella extraña, aquella mujer fría y hermética, aquella lituana a la que

la misión que se le había encomendado había llenado de nieve el pecho, me amaba. Se derretía la nieve, se deshela el corazón, pese a que una sombrilla nos protegía del sol.

—Es como San Petersburgo —dijo, mirando hacia el Palacio Real—. Solo que en San Petersburgo hace mucho más frío, y está lleno de mujeres, todas muy blancas y rubias y muy delgadas y muy pintadas. Y muy jóvenes. ¿Tú crees que en San Petersburgo hay heladerías?

—Supongo que sí —dije, conmovido por lo que tomé por una ingenuidad.

—Una amiga mía trabajaba en una, me invitaba siempre que podía. Los hacía

con sirope. Con un poquito tenía para muchos helados. A veces hay que hacer eso en la vida, ¿no crees? Concentrar algo para que sirva para muchos años. Pero hay que reconocer que los helados italianos son mejores —concluyó.

Fantaseamos con ir a Italia. Conté que había estado dos veces allí, la primera en Roma y en Florencia, y la segunda en Venecia y en Verona. Ella dijo que siempre, desde pequeña, había soñado con ir a Verona, la ciudad de Romeo y Julieta. No había leído la obra, pero creía saber lo principal de ella: contaba la historia de un amor puro que era derrotado por la fatalidad y las fuerzas

adversas, representadas por las familias. Un amor llevado al extremo, al sacrificio, al suicidio. Se sorprendió cuando le dije que Romeo tenía quince años y Julieta trece. ¡Eran niños!, exclamó. Luego se quedó unos segundos pensativa, y agregó:

—Yo me enamoré la primera vez con diez años.

Volví a ver a aquel pobre niño, muerto con los ojos abiertos en un bosque nevado. Era tanto lo que me había perdido de Irina, y eran tan escasos los minutos que había pasado con ella... Pero poco puede ser mucho.

Había estado en Verona con Paula.

Entre otras visitas casi obligadas habíamos ido a ver la estatua de Julieta al pie de la Casa di Giulietta. Los pechos de bronce estaban desgastados, pulidos, porque los estudiantes se fotografiaban manoseándolos. Iba a contárselo a Irina cuando, de pronto, por una especie de respeto o pudor, preferí no hacerlo. Según la leyenda, tocarle el pecho daba suerte en el amor. ¿La suerte que no tuvo la propia Julieta?

Expresé mi deseo de ir en verano para asistir a la ópera en la Arena. Yo quiero ver *Romeo y Julieta*, repuso Irina, y diciendo eso parecía que ya habíamos decidido viajar juntos a Verona, en julio

o en agosto. Tomábamos una cerveza fría y un agua con gas. ¡Me sentía tan joven citándome con ella, viéndola! Salía siempre con los anteojos y la cámara, pero aquel día los había olvidado por la emoción del encuentro.

Volví a hablar de Roma, y de cuánto me gustaría ir allí con ella.

—¿Después de Verona? —preguntó, con la ilusión de una niña.

—Después de Verona.

Le describí una bella estatua que había visto en el Cementerio protestante, un ángel postrado, cabizbajo, con la frente apoyada en un brazo.

—Se llama *El ángel de la pena*.

—¿No es eso el amor? —dijo ella—.
¿Un ángel y una herida?

Tomé su mano. Volvía a sentir el gozo del amor, su jubilosa excitación. ¿Cómo era posible vislumbrar tanta felicidad, creer que se podría tocar, que estaba allí, al alcance de la mano? ¿Cómo era posible *saber* que el cielo estaba en la tierra?

—¿Qué tal las fotos de las gafas?

No las había mirado por el presentimiento de que, cuando Irina pasara a formar parte del retrato, a ser una de sus ochenta piezas, la perdería para siempre. Era un pensamiento mágico absurdo, pero me dominaba.

—Muy bien —contesté—. Ya eres oficialmente el retrato número 77. ¿Y las otras, las mandaste a tu familia?

Las «no sugerentes» se las había entregado el mismo día de la tormenta.

—Sí, les gustaron mucho.

Me preguntaba si su tono melodioso era propio de las rusas al hablar español, o si era una característica suya, personal. Aquella semana nos vimos con frecuencia. Era ella quien tomaba la iniciativa. Me llamaba o aparecía sin más. Cuando llamaba yo, no contestaba. Hacíamos el amor, nos acariciábamos. Un día le dije, mientras me miraba sin pestañear y sin abrir la boca:

—Quiero ser tuyo y que seas mía, entregarme y que te entregues, dominarte y que me domines. Quiero...

Pero habitualmente callábamos y nos mirábamos como si aún fuera nuevo lo que había ante nuestros ojos.

—Supe que eras distinto cuando doblaste mi abrigo como si fuera algo sagrado.

Cuánto hacemos por aparentar, y, sin embargo, cuánto más hacemos de verdad, sin calcularlo.

Viví esos días esperando su llamada o su visita. Y mientras esperaba, escribía su nombre de diversas formas en una hoja, como un adolescente. Un día

escribí siete variantes, Irina, Irene, Aireen, Irine, Irenka, Ireneia, Irena, una para cada día de la semana. Le grabé un CD con música suave. Lo pusimos. Se nos caían los párpados.

—Me quedé dormido grabándotelo — dije.

Se rio, pero ni siquiera cuando reía desaparecía del todo la luna triste de sus ojos.

Un día rompió con aparente indiferencia uno de nuestros prolongados silencios.

—¿Quedaste con esa que te llamó, la enfermera?

—No. ¿Por qué lo preguntas?

—No sé. Es que te noto muy callado. Soy muy celosa —añadió—. ¿Me dejas que te haga una foto? —me pidió a continuación.

—Claro.

—Pero con las gafas.

Me hizo varias. Las miré.

—¿Vale alguna?

—No. —Me parecía algo a Gafas, pero sin lo que buscaba—. Además, tengo que hacerlas yo.

—Pues háztelas.

Me hice varios autorretratos.

—Es inútil —concluí—. El retrato 78 no está aquí.

A veces hacíamos el amor con música

de fondo. No teníamos prisa ni miedo ni vergüenza, y, aunque nos servíamos de nuestros cuerpos, yo sentía que eran nuestras almas quienes se hablaban. Sabía que no descubriría nada nuevo para el mundo, pero sí lo era para mí. Y también sabía, por supuesto, que el ingrediente que lo transfiguraba todo era el amor, y me maravillaba y bendecía aquella experiencia que muchos no llegan a vivir jamás. La unión de los cuerpos, la unión de las almas. Pensé que ahora sí conocía su cuerpo, y que antes solo había conocido su envoltura.

Le encantaban los pasteles árabes, dulces, compactos, olorosos. Compré

una bandeja y la dejé sin tocar, hasta que apareció. Se los comió todos.

—Si viviera en Arabia yo sería gorda como una vaca.

Había sido una especie de chiste, y sonreí.

—¿Vamos al cine?

En la Filmoteca ponían *Heaven's Gate*, la película de Cimino que tanto me gustaba en el recuerdo. Fuimos paseando. Saludé sin detenerme a algún conocido del barrio. Encontré la película algo excesiva, pero mágica e intensa. Al salir entramos en un bar. ¿Cómo juzgar las cosas, cómo saber si me había parecido mágica e intensa en

parte por haberla visto con su mano entrelazada con la mía?

—¿Te ha gustado?

—Es muy romántica. He llorado un poco cuando bailan el vals. Lo que dicen. *God, you're beautiful. So are you. Are you alone? Yes.* Y Kristoffer Kristofferson me gusta mucho.

No supe por qué le llamaba así, y no, sencillamente, Kris Kristofferson. Me hizo gracia.

—Es un chico guapo y duro. *Tough guy.*

Recordé que Gafas había confesado una vez que le habría gustado ser Leonard Cohen. A mí me gustaría ser

Kristoffer Kristofferson.

—Un día podríamos echar una partida de ajedrez —soltó, sin venir a cuento.

Y nada más decir eso, la llamaron y se despidió.

La tarde del día siguiente llamó al telefonillo y me pidió que bajara, en lugar de subir ella. Iba con vaqueros y una camiseta. Era la primera vez que la veía vestida informalmente. Estaba radiante.

—Voy a darte una sorpresa —me dijo, enseñándome unas llaves.

Me extrañó que cargara con una mochila a la espalda.

—¿Qué llevas allí?

—Ya lo verás... —Disfrutaba intrigándome.

Me llevó a un piso enorme, uno de cuyos frentes se abría a la plaza de la Independencia. Estaba recién pintado; el suelo de madera barnizado, impecable y vacío, sin muebles.

—¿Quieres que te lo enseñe?

—Sí. ¿De quién es?

—Siempre preguntas demasiado.

Tenía seis dormitorios, todos con balcón, y tres con baño. En uno, la ducha era tan grande como el salón de mi estudio. Había toallas.

—Luego podemos ducharnos —dijo, abriendo y cerrando el grifo.

Había además dos grandes salones, varias salas, tres baños más, estudios o cuartos de juego, y una zona de servicio independiente, además de una cocina inmensa. Me mostró las dos terrazas, ambas muy grandes, con jardineras con cipreses, bambúes y otras plantas. En la mayor, que daba a la puerta de Alcalá, había espacio de sobra para reunir a cincuenta personas.

—¿Te gusta?

—Sí.

—Hasta mañana es nuestro.

¿Cenamos?

Sacó de la mochila una manta, unos vasos, vino, unos sándwiches.

Cuando acabamos la cena puso el vals que tanto le gustaba y me tomó de las manos. Bailamos en la terraza con las mejillas juntas, mis manos en su cintura, las suyas en mis hombros.

—*God, you're beautiful* —me dijo, sonriendo.

No encontraba el momento de hablar de su otra vida, de pedirle, sin aceptar una negativa, que me lo contara todo. Era tan feliz a su lado que tenía un miedo horrible a perderla, a volver a mi vida gris, de hibernación. Disfruta el momento, me decía, el futuro no existe, ¿por qué preocuparte por él? Pero sabía que eso era un engaño, que el futuro era

un centinela inmóvil que se presentaba siempre en el momento exacto. Me prometí no dejar pasar muchos días más sin exigirle que me abriera del todo la puerta de esa otra habitación de su vida.

—Vamos a hacerlo —me susurró—. Mirando el parque, mirando las estrellas.

Por la noche, en la terraza, por la que corrían el fresco y los ruidos de la calle, y con ella dormida a mi lado, en un rincón a salvo de miradas indiscretas, tapados por el muro y las plantas, cubiertos por una manta, tuve la engañosa sensación de que siempre había sido así. Me acordé de una forma

muy vaga e imprecisa de los veranos de la infancia, en un pueblo. Oí el motor de una sierra, los cascos de un caballo repiqueteando en el empedrado, los chillidos de las golondrinas. Unos vecinos conversaban a voces. En una tapia, una lagartija ahorcada en un clavo era devorada por las avispas. Un camino polvoriento flanqueado por zarzamoras, mis labios manchados por el jugo caliente de sus frutos. Medio dormido, sentía todo el paso de las horas y de la vida, y a la vez, la eternidad del instante. Era algo muy doloroso y placentero al mismo tiempo.

Me esforcé por rescatar uno de esos

momentos de mi niñez o de mi adolescencia, pero era una sensación tan inconcreta como un sueño, como una bruma, y no lo conseguí. El cuerpo de ella me daba calor, y su piel suave me hablaba de las alegrías de la vida. El aire tibio corría dulcemente, refrescándome. Y era como si ese mismo aire se llevara mis recuerdos, desnudando mi alma.

Justo antes de dormirme del todo vi un campo inabarcable, casi negro en la oscuridad de la noche. Las llamas de millones de velas hacían que no diera tanto miedo. Vi que una de ellas se apagaba, y en el mismo instante se

prendía otra. Se había encendido una vela en Madrid, y se había apagado otra en Francia o en Nigeria, o en Filipinas o en Sídney, o en un pueblo de La Mancha o de Dakota del Sur. Y un hombre o una mujer a quien yo no conocía vagaba ahora descalzo y con el alma hecha jirones, como un mendigo, preguntándose dónde se escondía el amor, quién se lo había robado.

Con los cinco sentidos

Al despedirnos por la mañana, me dijo que estaría fuera seis días.

Llamé un par de veces, pero no me devolvió las llamadas. No me preocupé demasiado, pues no había pasado dicho plazo. Y la calma y felicidad en la que aparentemente nos habíamos instalado

se rompió una medianoche, la del quinto día. Sonó el timbre de casa. Era Irina. Abrí. Estaba desmejorada, con ojeras. Me miró como suplicando perdón.

—Pasa.

Y se echó a llorar sin ni siquiera quitarse la chaqueta. La ayudé a hacerlo, la tomé de la mano y la senté en el sofá, junto a mí.

—Solo soy un trozo de carne, o una mina para sacar dinero, o un florero...

Se sonó. Moqueaba. Nunca la había visto fea, hasta ese momento, y nunca había tenido tantos deseos de abrazarla.

—No soy una... Yo solo... Tengo que aceptar entrevistas con viejos sucios.

Se le quebró la voz y rompió a llorar de nuevo. La abracé.

—¿Me puedes hacer más fotos, sin preguntas?

Tardé en contestar.

—Claro. ¿Cuándo?

—Hoy no. Cuando esté mejor. Mañana. ¿Puedo pasarme mañana por tu estudio?

—Cuando tú quieras. Pero tienes que darme algo a cambio. Contarme de una vez qué sucede.

—Pero hoy no, por favor. Mañana. No estés tan serio. —Forzó una sonrisa—. No es tan grave como tú te crees.

Quiso ducharse antes de ir a la cama.

Salió del baño desnuda y subimos al dormitorio.

—Quiero que me ames con los cinco sentidos —susurró—. Quiero que me limpies.

La luz estaba apagada. Comencé a desvestirme.

—Apenas te veo —dije—, pero tengo tu imagen grabada en mi cerebro.

Nos metimos en el lecho. Las sábanas aún estaban frías, pero el cuerpo de Irina irradiaba calor. El mío vibraba.

—Di mi nombre.

—Fernando.

—Qué bien suena en tus labios.

No teníamos prisa, y otra vez había

dejado de existir el futuro.

—Quiero oír tu corazón.

Evitaba acariciarla. Arrimé mi oído a su pecho, buscando sus latidos. Los encontré, y sentí que su vida entraba en mí, y que era sagrada.

—Ahora voy a tocarte.

La acariciaba, pegaba mi piel a la suya, la dibujaba con la yema de mis dedos. Olí sus cabellos. Ella tenía los ojos cerrados, y olí sus párpados, sus pestañas. Olí su cuello, sus hombros, sus pechos, sintiendo que la respiraba y que poco a poco me iba apoderando de ella y ella se iba apoderando de mí, que íbamos fundiéndonos en uno.

—Me siento limpia otra vez.

Nunca supe si fue la noche más feliz o la más triste de mi vida. Ni siquiera fue una noche entera. Me desperté a las cinco de la madrugada, y comprobé que estaba solo. Volví a dormirme confundido, con una sensación de irrealidad. Y aunque temía caminar sobre un suelo que pronto cedería, el saber que vería a Irina al día siguiente me colmaba de felicidad, como si el destino ya escrito no fuera a ser leído nunca, y si acudía a mi memoria aquella expresión, «viejos sucios», rápidamente la espantaba, como si solo fuese una mosca molesta y en el fondo inofensiva,

y no la imagen de la maldición que se cernía sobre nosotros.

Irenka

Al día siguiente Irina se presentó con un maletín negro y sus gafas de sol, como una ejecutiva en viaje de negocios. Se había maquillado y volvía a estar radiante.

Entró en el baño y salió vestida también de negro, con unas medias con

ligueros, un tanga, un pequeño sujetador que le levantaba los pechos haciéndolos parecer más grandes, zapatos de tacón, una fusta y un antifaz. La melena rubia la había recogido en un moño. Dejó unas esposas sobre la mesita del salón.

—¿Empezamos?

Podría parecer una broma, una comedia en la que de nuevo tenía que actuar, pero era real y descorazonador. Había comprado un par de focos y una pantalla negra, e hice un centenar de fotografías, para algunas de las cuales se quitó el antifaz. Posaba en actitudes sumisas, desafiantes o provocativas, de espaldas, de frente, a gatas, los codos

sobre la encimera y el culo ligeramente elevado, ofreciéndose. Pensé en el calendario del taller en el que había reparado mi coche. Las luces calentaban el estudio y su cuerpo se había ido perlado de sudor. Aunque me apenaba su caída, no podía dejar de tener presente su carne, su cuerpo hermoso, ni la conversación que teníamos pendiente. Setenta y seis trozos de Gafas me observaban desde una pared, haciendo todavía más extraña la situación.

—Apaga los focos.

—¿Quieres acabar ya?

—¡Apaga los focos, he dicho!

Obedecí, sin saber muy bien cómo

tomarme aquella orden tajante, aquel brusco cambio de actitud. Cruzó el salón caminando con la espalda muy tiesa y contoneándose. Se detuvo a medio metro de mí, dándose golpecitos con la fusta en la palma de una mano.

—Eres muy malo... —susurró—. Yo lo sé... A mí no me engañas... Muy... muuuuuuyyyy... Malo.

Y sin previo aviso me fustigó en las nalgas. Más estupefacto que dolorido, no supe si echarme a reír o si arrebatarle la fusta. Acercó sus labios entreabiertos a los míos.

—Mientras me hacías fotos... ¿En qué pensabas?... —Pero su aliento me

impedía pensar, me confundía—.

Pensabas en follarme, ¿verdad?

Estaba cada vez más excitado.

—¿Verdad, guarro?

—Sí. Irina, yo...

Un nuevo fustazo me sobresaltó.

—¿Irina? ¿Quién es esa zorra? Yo soy Irenka.

Me puso la mano en la entrepierna.

—Mira cómo estás... —susurró—. La tienes dura como una piedra... Eres un cochino... Todos los hombres sois unos cochinos... Solo pensáis en coños y en follar.

Su rostro rozaba el mío. El aire que expulsaba al respirar calentaba mis

mejillas y mis labios. Tan cerca, no la veía. Solo sentía calor, y vida corriendo por mis venas. Puse algo dubitativo una mano en su cadera, y recibí otro fustazo.

—¡No me toques, cabrón!
¡Arrodíllate!

Obedecí. Me agarró la nuca y me atrajo hacia sí, hasta apretar mi rostro contra la fina tela de su tanga negro. El olor de su sexo penetró por mi nariz, haciéndome esclavo de lo más incontrolable y primitivo de mi ser.

—Todos sois unos cochinos... pero tú eres el más cochino de todos... —La voz de Irenka, ronca, parecía gorgotear desde lo hondo de su garganta—. El rey

de los guarros. Mira cómo me tienes de húmeda... Me has puesto chorreando.

Mareado de deseo, abracé sus piernas.

—¿A qué esperas? ¡Espósame a la mesa y fóllame!

Una hora más tarde, sudoroso, cansado, mirando el techo, las oscuras vigas de madera barnizada, oyendo el sonido de la impresora, aguardaba a que Irina acabara de ducharse. Desconcertado, no sabía qué pensar de ella ni de mí mismo.

—¿Vas a empezar a hacer este tipo de... sesiones? —pregunté cuando salió del baño.

—El tiempo se acaba. Mañana tengo

cita con un objetivo con gustos así. Es mi única opción. Perdí la mejor porque... Por no poder tener hijos.

—Si yo fuera rico...

—Pero no lo eres —me interrumpió.

La miré con desesperación, con lástima, con amor. Me devolvió la mirada, dura.

—¿Quieres que te acompañe?

Sabía que era una idea estúpida y fuera de lugar, pero me resistía a permanecer inactivo viendo cómo la perdía, cómo se sacrificaba.

—No. Olvídate de mí. Por tu bien y por el mío.

—No puedes ir con ese hombre. No

puedes enterrarte de esa forma.

—¿Es que aún no entiendes? —dijo con furia o desprecio.

—¿Es que acaso lo nuestro no es cierto?

—Claro que sí —replicó, desviando la mirada—. Pero no hagas un bosque de un árbol. ¡Déjame, por Dios!

Sentí una inmensa pena por ella.

Cogí su mano. Por un instante me pareció que era como un pájaro frágil y herido, a mi merced, incapaz de ofrecer resistencia.

—Irina —dije—. Estás hecha de oro.

—Por favor. —Bajó la vista y luego volvió a alzarla—. Tú solo piensas en

ti. No me ves. En cambio yo lo he hecho para poder verte a ti cuando esté con él.

—¿Quiénes te obligan? ¿Por qué?
Habla ya.

Me miró en silencio.

—¿Puedo ayudarte?

Negó con la cabeza.

—¿Por qué?

—No quieras saber. Esto ha sido un sueño. Despertaremos, pero nos quedará un sueño. Si tienes uno es más fácil vivir. Si mezclas un vaso de agua contaminada con otro de agua pura, tienes dos vasos de agua contaminada.

—Pero... ¿cuánto dinero debes aún?
Tengo un piso a medias con mi

hermana... Tengo contactos, podría volver a mi trabajo.

—Chist... —Me hizo callar, poniéndome delante de la cara su mano extendida—. No te mezcles en esto. No tienes idea. Si te metes, te chuparán la sangre. No te sueltan hasta que eres unos huesos. Te quitan el dinero, la casa, todo.

—Pero ¿quiénes?

—Mafia del caviar. Mi padre y mi hermano escondieron huevas. Yo era lo único que tenían para pagar.

—No puedes sacrificarte tú —dije, horrorizado—. Eres inocente.

—¿De verdad quieres ayudarme?

Cortaron un dedo a mi hermano.

—Pero en Rusia. Aquí no podrían hacer algo así.

Me miraba fijamente, traspasándome con sus ojos grises, calibrando mi determinación.

—¿De verdad quieres intentarlo, aunque sea peligroso?

—Sí.

—¿Te arruinarías por mí?

—Sí.

—¿Y si corres peligro de morir?

—Todos tenemos que morir.

Me miró como si estuviera ido, y a lo mejor lo estaba. De pronto, chascó los dedos.

—Está bien. Dentro de una semana nos veremos con Sergei. A las seis de la tarde. En el Café Gijón, ¿lo conoces?

—Sí.

—Exactamente una semana, a las seis. A cambio, te pido una cosa: no me llames ni una sola vez durante estos siete días. Prométemelo.

—Te lo prometo.

—Sé que eres bueno. Sé que cumplirás tu palabra.

Las fotografías ya estaban impresas. Irina las cogió, les echó un vistazo y las guardó en una carpeta. Me pareció que una lágrima luchaba por salir de sus ojos. Me animaba la esperanza de una

cita en la que se pudiera arreglar todo. Si hay gente que se hipoteca por una casa, ¿no iba yo a hipotecarme por ella? Esa simpleza melodramática me pareció, entonces, de una lógica aplastante.

Abrió la puerta para marcharse. Sin girar el cuello, dijo:

—Le gusta poner inyecciones. A ti no te he pedido eso.

Quizá ahora sí, quizá ahora una lágrima aflorara en sus ojos. Pero estaba de espaldas.

Salió. Tras unos segundos, pensé que tal vez estuviera suplicando ayuda, que tal vez la princesa estuviera en el

descansillo aguardando a que el príncipe la raptara para impedir su cita con el dragón. Me levanté y abrí con fuerza la puerta.

Retumbaba en mi cerebro el eco de aquella frase, «le gusta poner inyecciones», cuando me fijé en un sobre que Irina se había dejado. Miré qué había dentro. Era un cuaderno de dibujo con unas acuarelas pintadas.

El centinela inmóvil

Sentía constantes deseos de llamarla, pero cumplí mi palabra. Dije a mi hermana, sin dar explicaciones, que quería vender el piso de Gafas. Me ocupé de que lo tasaran. Pedí unos días en el trabajo, y llamé a antiguos contactos. Tanteé las posibilidades de

encontrar un empleo como el que tenía antes. Comprobé, no sin cierta sorpresa, que algunos me recibieron muy bien, y que aún no estaba fuera del mercado. Incluso me humillé, yendo a mi antigua firma. Pensaba en ese nombre, Sergei. Lo imaginaba con la cabeza rapada, de mediana edad, fornido, duro, con tatuajes. Busqué información sobre «mafia» y «caviar», la palabra que odiaba Irina. La pesca del esturión continuaba estando prohibida en Rusia. Había pescadores furtivos. Empleaban explosivos, lanchas fueraborda, Kalashnikovs. Quitaban las huevas a las hembras, en primavera. Algunas

llegaban a medir más de cuatro metros, y a proporcionar más de cincuenta kilos de caviar. Un kilo llegaba a valer seis mil euros en el mercado negro. Etiquetaban frascos y latas como si provinieran de piscifactorías rumanas y búlgaras.

Hablé con un portero de discoteca al que conocía de tiempo atrás, y al que había ayudado en cierta ocasión. Me llevó a un poblado de chabolas para conseguir una pistola. No bajé del coche. Mientras él negociaba, yo tenía una sensación de irrealidad, de estar en una película. Había hecho el Servicio Militar, como alférez. Fui a la sierra y

practicué con la pistola, una Star de 9mm corto por la que había pagado seiscientos euros.

En casa, miraba una y otra vez las acuarelas, la fina gradación de los colores. Hacían pensar en la delicada y bella melancolía de un vals. Ignoraba que Irina pintara tan bien. En realidad no sabía ni que pintara. Cuánto sabía de ella, y qué poco. Una copa de Dry Martini con una aceituna dentro. Un anfiteatro, el de Verona. Un tablero de ajedrez con una reina y un rey. Un abedul sin hojas con un pájaro posado en una de sus ramas desnudas. Un sombrero mexicano, un fusil y una

guitarra. La escultura del ángel arrodillado, del cementerio romano. Una pareja bailando un vals, *Las montañas de Manchuria*, sin duda. La última representaba once rosas amarillas.

Fue una semana larguísima. Llegué al Gijón veinte minutos antes de las seis. Me senté a una mesa. Se acercó un camarero. Pedí lo primero que me vino a la cabeza. Cuando regresó, me sorprendí de que me trajera un whisky. Pero seguramente era lo que había pedido. Llevaba una cartera negra con unos periódicos y, envueltos en ellos, la pistola, cargada. Pensé que era absurdo haberla comprado, y también haberla

llevado. Pasó media hora. Pasó una hora. Irina no venía.

Y comprendí que no iba a venir.

Me di cuenta, aterrorizado, de que las acuarelas eran una especie de resumen de nuestra relación. ¿Y qué es un resumen sino una manera de despedirse, de dar algo por concluido? Con dedos temblorosos marqué su número. Había sido cancelado.

Me quedé paralizado. ¿Me había engañado, o le había sucedido algo? Preferí que me hubiera engañado. Sí, había sido eso, para protegerme, para mantenerme apartado.

Fui a la cafetería de Ferraz, pedí otro

whisky y esperé. Había varias personas, entre ellas un señor, casi un anciano, con un traje azul bien cortado, una corbata gris y el pelo blanco peinado con raya a la izquierda, que bebía una copa y leía un diario. Tenía un aspecto noble y distinguido. ¿Le gustaría poner inyecciones? Había también un grupo de ancianas que merendaban, y otras personas sin interés. Esperé.

Por fin apareció una chica tan alta y bien vestida como Irina y de edad parecida, que fue a la barra y se sentó en un taburete. Me levanté y me puse a su lado.

—¿Conoces a Irina?

Me miró, no sé si sorprendida o alarmada.

—Le regalé unas rosas amarillas por su cumpleaños. Había blancas y rojas, pero las amarillas me parecieron más especiales.

Noté una mano sobre mi hombro, que me lo apretaba y me obligaba a girarme como si fuera un muñeco. La chica con planta de modelo cogió su bolso y se marchó.

Me encontré de frente con un tipo más bajo que yo, delgado aunque nervudo, con el pelo muy corto, vaqueros y una chaqueta de chándal. No se parecía mucho al Sergei que había imaginado,

salvo por el tatuaje que asomaba en su garganta.

—Ella se ha ido. Si la quieres, no busques —dijo con un marcado acento ruso.

—¿Y si la busco? ¿Qué me vas a hacer?

—A ti nada. Pero si la quieres, no busques.

Me miró sin parpadear durante unos largos segundos antes de aflojar la presión de sus dedos.

No era su presencia física lo que me intimidaba. Era el significado de sus palabras. Y además, pensé que tampoco encontraría a Irina aunque lo intentara.

Caí en la cuenta de que ni siquiera sabía su apellido. Pese a que al principio me había parecido muy romántico, lo consideraba ahora una soberana estupidez. Supe que la había perdido. Renuncié a investigar no solo porque no sabría ni cómo hacerlo, pues siempre me quedaría la posibilidad de contratar a alguien. No. La razón definitiva era saber que pondría en peligro su vida y la de su familia. Mi verdadera prueba de amor sería renunciar.

Debía aceptarlo. El cuento había llegado al final y la princesa se había esfumado. El futuro se había presentado. Habíamos llegado hasta donde

aguardaba el centinela inmóvil, y el centinela inmóvil me había partido de un hachazo el corazón.

Una visita intempestiva

Salí a la calle. Tiré en una papelera la cartera con la pistola, en la que en el fondo nunca había creído. Ni se me había pasado por la cabeza usarla. Llamé a un conocido que trabajaba en una empresa de telecomunicaciones, y en un par de horas averiguó a nombre de

quién estaba el móvil de Irina. Igor Smirnov. Smirnov era uno de los apellidos más comunes en Rusia. Era como John Smith, Pepe García, Juan Nadie.

En casa, sabiendo que no me dormiría, miré por fin las fotos que le había hecho con las gafas, y como había imaginado, cualquiera valdría para convertirse en el retrato número 77. En todas había, ya fuera en el gesto, en la inclinación del cuello o de los hombros, en la mirada o en los labios, un reflejo de la orfandad de su alma. Escogí la que más me conmovía, una en la que Irina parecía a punto de decir algo, de desvelar un

secreto, aunque tenía la boca completamente cerrada. La imprimí, la coloqué en el rectángulo y pensé que era cierto, que al hacer esa foto la había perdido. Ya solo faltaban tres, en la esquina inferior derecha.

Me dieron las doce de la noche. Había olvidado de qué manera tan atroz puede doler el alma.

Iba a desvestirme, sabiendo que no podría dormir, cuando llamaron al timbre. Bajé las escaleras en tres saltos. Miré por la mirilla. En el descansillo había dos tipos más jóvenes que yo con mala pinta, vestidos con prendas oscuras. Uno de ellos, bajo y flaco, con

el pelo rapado, no paraba de moverse, nervioso; el otro era alto y fuerte y con el pelo largo. Cerré la mirilla. A los pocos segundos volvieron a llamar, ahora con más fuerza. Miré de nuevo: pegada a la mirilla había una placa de policía. Abrí.

—¿Sí?

—Policía. ¿Podemos pasar?

Otra vez tuve locas esperanzas, que vinieran a hablarme de Irina, que la hubieran rescatado, que hubieran detenido a una banda de mafiosos rusos.

—Adelante.

Pero querían información sobre los magrebíes. Si celebraban reuniones, si

llevaban barba o si se habían afeitado, si se relacionaban con los otros vecinos.

—Uno era pescadero. Los otros iban y venían, desaparecían, no me quedaba con las caras ni con los nombres —dije, y me di cuenta de que me aliviaba hablar con alguien, dejar de oír, aunque solo fuera por un momento, los aullidos de mi corazón—. No tenía trato con ellos.

Los policías contemplaban ahora las paredes cubiertas con retratos de cientos de personas, todas con las mismas y estrafalarias gafas.

—Es como en las películas —comentó el más bajo.

—Son las gafas de mi padre. Hago

fotos a la gente con ellas puestas, porque es como si le hiciera su retrato, cortado en ochenta trozos, solo me quedan tres para terminar. Personas distintas, aspectos distintos, pero en conjunto será algo así como su retrato fragmentado, el retrato de su alma, claro... Aún faltan tres trocitos. Se me resisten.

El más bajo, al oír lo del padre cortado en ochenta trozos, lanzó una mirada a su compañero.

—¿Rezaban mucho?

—No sé. Más que yo, supongo.

El alto se había quedado mirando fijamente unas fotografías desechadas, de cuatro de los marroquíes con las

gafas, en la pared junto a la puerta, un señor calvo, cuarentón y bastante grueso, dos jóvenes, uno con barba salafista y el otro con una cicatriz en la frente y feo como un pirata berberisco, y el pescadero. De ellos, solamente un retrato, el de un tipo muy alto y delgado, con pelo rizado, pómulos muy marcados y expresión de proscrito, se había incorporado a la serie GAFAS.

—¿Esos eran de los que vivían aquí?

—Sí. No valían, supongo que su vida era más bien desgraciada, pero...

—¿Todos le permitían fotografiarles?

—me interrumpió uno de ellos.

—No, algunos no.

—¿Nos las podemos llevar?

—Sí.

Le di las fotografías al alto y los policías se despidieron. Imprimí las copias y las coloqué en los huecos que habían quedado. Y mientras lo hacía, temí por un momento que a partir de ahora eso fuera mi vida, una especie de comedia sin gracia ni sentido.

Pero era mucho peor que eso. De nuevo empezaba a aullar mi corazón como un lobo enloquecido. Ahora comprendía por qué Irina había contado lo de la heladería en San Petersburgo y el sirope, por qué me había buscado tanto en tan pocos días. Un concentrado

de amor que debía durar para toda la vida. Ella estaba más sola que yo.

¿Dónde, dónde estás?

Su vida culminó cuando conoció a Betty

Corría la primera semana de junio, el calor apretaba y por las noches apenas refrescaba. El espíritu del verano, impaciente, quería poseer ya el cuerpo de la primavera.

Llevaba más de un mes sin verla.

Intentaba borrarla de mi cabeza, y no podía. Sufría por ella, imaginando su destino. Tampoco podía acabar la serie GAFAS. Intentar centrarme en ella era un modo de pretender despistar mi dolor. Desde su retrato llevaba realizados treinta, y ninguno servía. Era casi imposible estadísticamente que en ninguna de las personas que ahora elegía no existiera esa herida profunda que jamás cicatrizaría, y sí en las anteriores, en una buena proporción. Ese cambio de apreciación estaba en mi mente y no en la realidad; en mis ojos, que habían dejado de ver. Nada podía hacer contra eso, inútil rebelarse. Pero no desistía.

Un sábado por la tarde, nada más salir de casa, cámara en mano, preparado para otra batida sin presas, noté un ambiente eléctrico en el barrio. Unos chicos que corrían, tres de ellos con la cara embozada, el otro con una gorra y una mochila. Un rumor que fue aumentando según me aproximaba a la plaza. Una agitación de hormiguero pisoteado.

Irina X se había sacrificado por su familia. Como en el caso de Julieta, aunque de otra manera, su familia había destruido su amor.

—¿Qué pasa? —pregunté a dos jóvenes. Uno ocultaba algo en la mano,

una piedra, quizá.

—La pasma ha detenido a un inmigrante.

Cincuenta o sesenta personas rodeaban, insultaban y amenazaban a cuatro agentes que aguantaban estoicos el chaparrón. El detenido estaba esposado entre los policías y su coche, cuyas luces azules giraban.

—¡Maderos fuera del barrio!

Otros corearon la consigna: «¡Maderos fuera del barrio!». Fue arremolinándose más gente. Observaba todo desde una prudente distancia. Aquello me atraía y repelía a la vez.

Irina X estaba en Marbella o en

Cataluña o en Castilla, unida a un viejo al que le gustaba poner inyecciones, oía dentro de mi cabeza.

Llegaron dos furgonetas, de las que bajó una docena de agentes con cascos y escudos. El griterío y los insultos arreciaron, y empezaron a llover piedras, palos, botellas e incluso alguna zapatilla sobre los antidisturbios, que cargaron contra el gentío. Apostado en una esquina, fotografiaba aquella lucha. A escasos metros de mí un viejo recibió dos porrazos. Arrodillado, se tapaba la cara con las manos. Un policía le golpeó en las costillas, y el golpe también me dolió a mí. El policía me vio y avanzó

con la porra levantada. Por fortuna, alguien le empujó por detrás y se volvió, olvidándose de mí. Como para ir a casa tenía que atravesar el campo de batalla, dirigí mis pasos hacia la Vinícola Mentrídana, para esperar allí a que se apaciguara el tumulto.

Pedí un café. El local, refugio de anarquistas, tenía un aire decimonónico, con ventiladores en el techo, columnas de hierro fundido pintadas de marrón, mesas de madera y estanterías de apariencia vetusta repletas de botellas de vino. Algunas noches desplegaban una bandera republicana, y en los servicios proliferaban las pintadas

políticas.

Acababan de servirme el café cuando entró Berberán, un tipo de unos cincuenta y cinco años, con calva y pelo largo y cano por detrás, al que le gustaba escucharse y que, como yo, a veces también iba a leer a los cafés, en su caso regando la lectura con un gintonic. Era profesor de filosofía en un instituto. Alguna tarde me lo había encontrado a las puertas del teatro Valle Inclán, o en la Filmoteca, el modernista cine Doré, a la que yo iba de vez en cuando para ver películas antiguas. En otra ocasión le había visto salir de una oficina de empleo temporal gritando a

pleno pulmón «¡Sinvergüenzas!», para echar luego a andar por la calle con aire digno y retador, la barriga desafiante como una vela hinchada por el viento, y volverse, ya lejos, y repetir el grito: «¡Sinvergüenzas!». Berberán me vio y fue a mi encuentro. Con un pañuelo blanco manchado de sangre se tapaba una ceja. Era miembro de las Brigadas Vecinales de Observación de los Derechos Humanos. En una ocasión había intentado captarme, cuando, recién llegado al barrio, me ahogaba en plena crisis existencial.

—*Mbokaja ha mboriahúrente rayo ho'áva* —dijo, a modo de saludo,

mientras se sentaba a mi mesa sin pedir permiso—. Solamente sobre el cocotero y sobre el pobre cae el rayo. Es un dicho guaraní —explicó, dedicando una ojeada al pañuelo, que volvió a aplicar sobre la herida—. Estoy haciendo una especie de Pollock en miniatura con mi sangre. Un gin-tonic, por favor. —Elevó la voz, para que le oyera la camarera.

Irina X se había casado con un hombre repugnante, gemía mi corazón, y jamás volvería a verla.

Me escamó que «rayo» se dijera igual en guaraní. ¿Por qué no existía en ese idioma esa palabra, si había tormentas en sus selvas? Pero no dije nada, sin

fuerzas para enzarzarme en vanas discusiones.

—Son unos cabrones. Detienen a los indefensos para rellenar estadísticas, para cumplir con los cupos, los objetivos. Y los banqueros y los políticos, libres como pajarillos. Qué país.

Le trajeron la copa. Puso los dedos bastante arriba, para indicar hasta dónde quería que llegara la ginebra.

—Creo que me voy a exiliar una temporada al pueblo.

Berberán era de Losar de la Vera, en Cáceres. La calle principal, la carretera que lo cruzaba, estaba adornada por

arbustos recortados en formas variadas: ciervos, personas, botijos, obeliscos... Saqué las gafas y las puse sobre la mesa. Le había pedido ya cinco veces que se dejara hacer la foto, y siempre se negaba. Era casi una cuestión de amor propio.

—Eres de los que no desisten, ¿eh? Los artistas sois tremendos. ¿Sabes cómo murió Manostijeras?

Negué con la cabeza. Llamaba así, por la película de Tim Burton, al vecino que había empezado a recortar los arbustos de Losar.

—Pues te lo voy a contar. Era un modesto genio, a su manera, pobre

diablo. Su mujer la palmó y él se deprimió. Un día se roció de gasolina, roció también su Seiscientos, se metió dentro y lo prendió. Inquisidor de sí mismo.

Meditabundo, Berberán miraba el pañuelo manchado.

—Así es el mundo: sangre, fuego y lágrimas. Explotados y explotadores que quieren recortarnos como si fuéramos arbustos. Y flotando en el aire... el amor burgués —soltó imprevistamente, como queriéndome pillar por sorpresa, con una mirada cargada de malicia—. ¿Y la rusa, te ha dejado? De un tiempo para acá pareces un alma en pena.

Me limité a mirarle en silencio.

—*Tempus fugit, carpe diem.* ¡Oh, hermosura mortal, cometa al viento! — declamó.

Recordé la última vez que habíamos discutido, a cuenta de la exposición de un fotógrafo estadounidense, Winogrand. Berberán no la aprobaba, porque sus fotografías no tenían ningún mensaje, no pretendían cambiar la sociedad, y a mí me gustaba precisamente eso, que pusiera delante la vida para que el espectador pudiera bucear por sí mismo en ella, sin consignas. Estaba harto de sermones.

—Me han dicho que es modelo y que

le hacías fotos. Tiene gracia, tú, que no te comprometes, que no te casas con nadie, ¿querías casarte con ella?

Cambié de tema.

—¿Piedra o porra?

—¿Qué más da? Una hostia caída del cielo y sin consagrar —respondió. Volvía a observar con detenimiento las manchas de sangre del pañuelo, su pequeña obra de arte—. El lenguaje siempre ha estado de parte de la altura, fíjate —continuó, sin molestarse por mi regate—. ¡Qué alto ha llegado Fulanito, qué bajo ha caído Menganito! Lo superior y lo inferior. Excelso significa muy elevado, una persona excelsa, lo

contrario de rastrera.

Dio un largo trago cerrando los ojos, y volvió a apretarse el pañuelo contra la ceja.

—Admiramos a los pájaros que vuelan y despreciamos a las criaturas que reptan. ¿Dónde imagina el común de los mortales el cielo? Arriba. ¿Y el infierno? Abajo. En la cima de su inteligencia, en la cumbre de su prestigio, en la cúspide de su capacidad física. Ese catedrático es una eminencia. Un día mi abuelo dijo, mirándome: Tú para arriba y yo para abajo.

—Su vida culminó cuando conoció a Betty —intervine, momentáneamente

divertido por el juego—. Su mirada le daba alas.

—Se tomó un gin-tonic y se vino arriba.

Cogió las gafas y las observó con aparente interés.

—Venga, anda, házmela de una vez, eres como una puta mosca cojonera. Quizá seas de verdad un artista. Estas gafas *vintage* tienen su gracia.

—Cierra los ojos, los cristales son muy gruesos. Ábrelos cuando te diga.

Se las puso. Estaba seguro de que tampoco allí iba a encontrar la íntima orfandad.

—Ábrelos.

Disparé dos veces, derrotado de antemano, y extendí la mano para recuperar los anteojos. ¿Podría ser que ya ninguna de las fotos valiera porque había perdido la ilusión?

Entró en ese momento un muchacho con síndrome de Down. Vestía unas bermudas y una camiseta de los Ramones. Hizo un gesto hacia nosotros, un saludo alegre. Un velo de ternura cubrió el rostro de Berberán.

—Mi hijo mayor.

Recordé la época en la que buscaba al amor y no lo encontraba por ninguna parte. El muchacho fue a su encuentro. Berberán le tiró suavemente de un

moflete. Le saludé, y el chico respondió con una sonrisa. ¿Y si allí estuviera el retrato número 78?

—¿Puedo?

Señalé las gafas.

—Pregúntaselo a él.

¿Dónde estás, Irina X? ¿Has pagado tu deuda? ¿No puedes escapar? ¿Es para siempre tu contrato? ¿Estás viva? ¿Ha valido la pena tu sacrificio, has salvado a tu familia, como una virgen entregada a las llamas salvaba al pueblo de la ira de los dioses?

—¿Puedo hacerte una foto con estas gafas? Eran de mi padre.

—¿Es tu amigo, papá?

Berberán asintió. El muchacho se puso las gafas, y le fotografié. Miré la fotografía en la pantalla. Nada.

—Tenemos que irnos —anunció Berberán—. Pobre hombre, desde que ella le abandonó está hundido. —Se guardó el pañuelo ensangrentado en un bolsillo del pantalón, e hizo una reverencia a modo de despedida, quizá porque se creía un artista, un actor, un cómico de la legua—... y no levanta cabeza.

Apuró la copa de un trago y salió con su hijo sin pagar. Tenía cuenta abierta.

Ya en casa, el insomnio volvía a hacer presa en mí, y el calor nada tenía que

ver. Irina X estaría ahora entre las sábanas con el objetivo alcanzado. Ahora estaría sonriendo a alguno de sus amigos. Ahora estaría tomando una copa en el bar de un lujoso hotel. Ahora estaría tendida de espaldas, desnuda, inmóvil, aguardando que una aguja...

Hacia las dos de la madrugada escuché unas voces que provenían de la calle. Eran muy frecuentes, bajo mi balcón, las interminables despedidas de borrachos que se juraban amistad eterna o que intentaban convencer a otro de ir a tomar la última. Pero en aquella ocasión se trataba de un hombre y una mujer. Él, con acento amargo, le recriminaba sus

engaños y mentiras, mientras ella, plañidera, aseguraba que todo era un malentendido, que acababa de enterarse igual que él. De pronto, en medio de aquella pelea de pareja, cambié el nombre de Betty por el de Irina.

Su vida culminó cuando conoció a Irina. La frase regresaba una y otra vez a mi cabeza, como goteando sobre aquella riña callejera. Su vida culminó cuando conoció a Irina.

Qué triste, que mi vida hubiera culminado antes de cumplir los cincuenta. Qué bien programadas estaban esas etapas ciclistas que acababan en la cima del puerto más alto.

Así debería ser la vida.

¡Ay, cómo dolía imaginarla compartiendo el salón y la cocina y el dormitorio con un depravado! ¡Cuánta lástima sentía por mí, y cuánta, mucha más, por ella!

Aullaba mi corazón, como un lobo abandonado por la manada, con la pata herida y hambriento, así aullaba mi corazón, de día y de noche, como un lobo enloquecido, de noche y de día.

Una vida triste y absurda

Las jornadas transcurrían sin incentivos, y vegetaba por ellas sin fuerzas ni esperanzas. Había perdido a Irina y me veía incapaz de acabar la serie GAFAS, cuando ya solo me restaban tres retratos. Los buscaba, aunque ya desgánadamente, sin la emoción de

antaño, y no los encontraba.

Acababa de estrenarse el verano, los días habían empezado a acortarse y había que ir ligero de ropa. No había mucho más que decir de aquellos días. Que se acortaban y que hacía calor. Y que el dolor era ahora menos agudo. Porque también se cansa el corazón, como se cansan de ladrar los perros.

A veces soñaba que estaba en Verona con Irina, en la Arena. Intentaba atrapar el sueño, pero siempre se disolvía. Únicamente podía recordar eso: Irina y yo viendo una ópera. Era solo un instante, un fogonazo inconcreto, una sensación. Ni siquiera sabía qué ópera

interpretaban.

Me sentía vacío. Había sido un idiota, me había ilusionado infantilmente, me había creído que se podía habitar en un cuento y había cerrado a sabiendas los ojos al futuro, y el futuro ya se había presentado, ese centinela inmóvil encarnado en aquel tipo que me puso la mano en el hombro.

Quizá para luchar contra aquella sufrida apatía se me ocurrió hacer una foto con las gafas a una prostituta mayor, imaginando que ese podría ser el porvenir que aguardaba a Irina. Eso pensé una noche, tumbado en la cama. Por el ojo de buey veía un Madrid

cubierto por una manta oscura, blancuzco como un esqueleto. Quizá así saldría del callejón sin salida en el que se hallaba la serie. ¿Hay algo más triste que vender el cuerpo, dejar que lo profanen por un poco de dinero? ¿No era eso vender un pedazo del alma? ¿No eran dignas de lástima las prostitutas, no se reflejaría eso en sus ojos? A la mañana siguiente compré el periódico y repasé los anuncios. Elegí «Madurita bien conservada. Recibo en casa por las mañanas, de lunes a viernes». Y después, un teléfono y el nombre del barrio.

Gasté un día de vacaciones. Contestó

una voz ronca, de fumadora, que se dirigía a mí con la palabra *guapo*. Fijé una cita a primera hora. Fui en metro, un transbordo y catorce paradas. Cuando llamé al timbre, con los anteojos en el bolsillo y la cámara en la funda colgada al hombro, me sentí desesperado.

Me abrió una mujer teñida de rubio, rellena y de unos cincuenta años. No estaba tan bien conservada como prometía el anuncio. Llevaba pantalones y una camiseta roja bajo la que se transparentaba el sujetador. Hacía calor, pues por las noches no refrescaba. Calzaba unas sandalias. Evité mirar los dedos de los pies. Me pareció

demasiado íntimo.

—Hola, guapo —me saludó.

En el piso olía fuerte, a tabaco y a alguna otra cosa que no supe identificar. Me invitó a pasar. Se internó por un pasillo en penumbra. Reprimí los deseos de huir.

—Espera —me dijo, antes de entrar en una habitación.

Vi cómo bajaba unas persianas.

—Es por los vecinos de enfrente —explicó—. Hay una que es muy chismosa y muy fisgona, y otro que es un pajillero. Bueno, ya puedes pasar. ¿Quieres ponerte cómodo?

—No.

—Pues tú dirás.

—¿Puede encender la luz?

La prostituta dio al interruptor. Era un dormitorio con una gran cama con una colcha desgastada. ¿Se podía considerar que Irina era una prostituta, este era el destino que le reservaba el futuro, cuando fuera menos joven y bonita? En las baldas, aparte de figuras de cerámica y barro, había fotografías de paisajes y estampas de la Virgen. Desvié la mirada para no deprimirme más, pero entonces me fijé en los dedos de sus pies. Como había temido, aquella visión me pareció tan íntima que sentí como una bofetada.

—En realidad solo quiero hacerle una

foto —dije—. Con estas gafas puestas.
—Se las enseñé.

La prostituta me miraba en silencio, con una mezcla de ironía e interrogación.

—Eran de mi padre.

—¿Y ya está? —dijo al fin.

—Bueno —vacilé—. Desnuda.

Aunque iba a enfocar solo el rostro, pensé que así, más desvalida y vulnerable, aumentarían sus posibilidades de convertirse en el retrato 78.

—Todo muy bien, guapo. Pero la tarifa se mantiene, el que cruza esa puerta paga cuarenta euros. Ya es un precio

anticrisis —se justificó.

Saqué dos billetes de veinte y se los tendí. La mujer se desnudó como si yo no estuviera presente, mientras yo limpiaba las gafas concienzudamente, como de costumbre.

—Cierre los ojos, los cristales son para miope y pueden hacerle llorar.

—No son cristalitos lo que me han hecho llorar a mí, guapo.

Hice la foto.

—¿Ya?

—Ya.

—No la colgarás en internet, ¿verdad?

—dijo, mientras se vestía.

—No, claro que no —contesté,

mirando la imagen en la pantalla. Era la número 78. Se había roto el maleficio. Solo faltaban dos. La serie había dado el antepenúltimo paso.

—Si lo haces, que sepas que tengo novio y que estaría encantado de darte una paliza.

—Solo le he sacado el rostro.

Se la mostré. Prendió un cigarrillo. Dio una calada, observándome.

—Eres raro. Pero tienes algo. Aunque a lo mejor solo es dolor.

—¿Cómo de raro? —pregunté tocando la funda de la cámara, como si fuera un amuleto que pudiera salvarme.

—Huy, tampoco demasiado. Hubo uno

que me pidió que me pusiera de espaldas. —La prostituta dio una profunda calada y expulsó el humo como un tren de una película de vaqueros—. Colocó una foto de su madre en la mesilla, y con cada arremetida decía: Toma, mamá. Toma, toma, toma, mamá, ¿te gusta?

—¿Ha habido alguno que haya querido ponerle una inyección?

—No. Aunque ya estoy vacunada de todo.

Me despedí.

El cielo había adquirido un tono ceniza y soplaba un aire caliente. Deseé que estallara una tormenta, pero no cayó

ni una gota. Vagabundeé por aquel barrio feo y marginal, sacando fotografías de lo que me llamaba la atención. Me gustó una de ellas, la de un gorrión posado en el cochecito vacío de un bebé. A la entrada de un bingo se apostaba un limpiabotas. Le pedí a cambio de una propina que se pusiera las gafas, y le hice una foto, aun sabiendo que no sería el retrato número 79. Al llegar a casa me miré en el espejo. Vi a un hombre cansado. Estaba contento por haber obtenido el retrato número 78, pero abatido porque mi vida se había convertido en algo doliente, absurdo y triste.

¿Era ese el futuro que nos aguardaba a Irina y a mí, un camino por el que avanzaríamos apesadumbrados y perdidos, cada uno por su lado, para siempre jamás por una selva oscura?

Un cuaderno de tapas verdes

Estaba mirando las acuarelas una vez más, cuando sonó el teléfono.

—¿Sí?

—Hola, Fernando.

Reconocí la voz de la enfermera de cejas pobladas y expresión triste. En

alguna ocasión había pensado que podría servirme para una de las fotografías. ¿No era acaso la enfermera que había cuidado a Gafas en sus últimos días, que había mantenido con él un vínculo único, especial? Me resistía a dejar la serie sin finalizar, pues sería como fallar a Gafas, pero no resultaba sencillo seguir encontrando gente distinta o interesante a la que retratar. Veía mil caras por la calle que me tentaban, pero habitualmente todos, hombres y mujeres, recelaban; los pocos que aceptaban exigían la seguridad de que las imágenes no fueran a mostrarse en ningún sitio, y después de algunos

encontronazos y malentendidos ya apenas me atrevía a abordar a nadie. La velocidad a la que avanzaba la serie GAFAS había ido reduciéndose hasta frenarse en seco. ¿Es un perverso, quiere aprovecharse de mí, es un loco peligroso, se trata de un timo? Algo así se preguntaban los extraños cuando me acercaba. Si fuera una mujer, pensaba, sería más fácil. Y además mis retratos empezaban a ser planos, a parecerse todos, a ser intercambiables, como si estuviesen desprovistos de alma. Me sentía como el niño al que solo le quedan unos pocos cromos para terminar la colección, y ya siempre le salen

repetidos, una y otra vez, en los sobres que compra. De las últimas treinta ninguna me había valido.

—Hola, Belén.

—¿Cómo estás?

—Bien, normal. ¿Y tú?

—Pues yo estoy muy bien, salí de la guardia pletórica, he recorrido los pasillos del hospital sintiéndome como Pulgarcito con las botas de siete leguas de lo ligeros que iban mis pies. ¿Sabes que hoy es mi cumpleaños?

—No, no lo sabía.

—Pues quiero celebrarlo contigo. Estoy en Madrid, y me siento muy *soiña*.

—Ahora mismo no sé si puedo, estoy...

—Sí puedes —me interrumpió—.
Porque si no...

Hizo una pausa. Pensé que iba a amenazarme con suicidarse, pero me sorprendió:

—No podré darte el cuaderno de tu padre. Lo encontré el otro día. Tiene que ser ya, que me tengo que volver dentro de tres horas.

Yo había regalado a Gafas, en el hospital, un cuadernito de tapas duras de color verde, porque en una ocasión había comentado que le gustaría anotar algún recuerdo, redactar unas breves memorias. No había vuelto a verlo, nunca le vi escribir nada en él, y lo

había olvidado.

Me cité con Belén en un bar de Lavapiés.

En el hospital, en aquellas jornadas trágicas y de alguna forma reconfortantes, no hubo grandes revelaciones, ni declaraciones de cariño, culpa o agradecimiento.

—No sabía que para morir hubiera que ponerse antes tan mal.

Esas fueron las últimas palabras de Gafas, o al menos, las últimas que oí. Recordaba una cuña de madera, para mantener las puertas abiertas, con el nombre de una limpiadora: *Ramona*. Jamás había conocido a una mujer que

se llamara así. Y mientras pensaba en esa insignificancia expiró mi padre, con un estertor. Justo después entró Belén.

—Ya está en un mundo mejor —dijo.

Y una semana más tarde empezó a llamarme obsesivamente, a cualquier hora, por el día y por la noche. Rememoraba aquello, mientras aguardaba a la enfermera.

Llegó por fin, con un brillo de alegría en sus ojos tristes, como un vidrio en medio de unas piedras.

—¿Te he hecho esperar mucho?

—No, no te preocupes.

—Mi cumpleaños contigo... ¡Qué ilusión! No nos vemos desde el hospital.

Tu padre era un tío bestial.

Sentí una descarga en la nuca que me dejó sin fuerzas, como si se hubiera desconectado mi sistema nervioso, y supe que no podría resistir durante mucho tiempo esa mezcla de frágil alegría, infelicidad y recuerdos dolorosos.

—¿Y el cuaderno? ¿Lo has traído?

—Sí.

Pero no hizo ademán de dármelo.

—¿Me lo enseñas?

Lo sacó de su bolso. Era, efectivamente, el cuadernito verde que recordaba. Lo abrí con emoción. Todas las páginas estaban en blanco.

—No hay nada.

—Ya —dijo Belén—. Aun así, pensé que lo querrías. Apareció entre dos cajones, y lo reconocí.

No la creía, pero no me enojé por el hecho de que lo hubiera revisado. Pensé que daba igual.

—Gracias por habérmelo traído. Estoy haciendo fotos de gente con las gafas de mi padre —cambié de tema, sacándolas del bolsillo de la chaqueta—. ¿Te las puedes poner, por favor?

Se las puso.

—Ya sabes que mi padre era muy miope, así que los cristales te pueden hacer llorar. Cierra los ojos, y ábrelos

cuando te diga.

Cerró los ojos. Estaba seguro de que, cuando los abriera, quedaría al descubierto su desorientación, su herida.

—Ábrelos.

Era el retrato número 79. Me devolvió las gafas con los ojos arrasados de lágrimas.

—No han sido los cristales, cerré los ojos —dijo secándose los—. Y cuando los tenía cerrados, supe que no voy a volver a verte. Dime que me he equivocado.

Reuní valor, o entereza, o crueldad, o lo que hiciera falta.

—No, no te has equivocado. De eso

quería hablarte. Las llamadas tienen que acabar. Mi mujer me abandonó, y me he enamorado de otra. Y ahora también esa otra se ha ido. Sé cuánto duele esto. Lo siento, pero es mejor que me olvides. Aparecerá un hombre que te amará como mereces ser amada. Yo no puedo ser ese hombre. Yo ya no puedo volver a amar.

Regresé a casa pensando que todos buscábamos un trozo de felicidad sin pensar más que en nosotros mismos, y que en esa búsqueda nos hacíamos daño unos a otros. Imprimí la foto, y cuando rellené el penúltimo hueco sentí una especie de alegría primitiva y casi completa, que desapareció

inmediatamente, dejándome aún más agotado.

Aquí ya no hay nada. Mira hacia adelante, hijo. Quizá ese fuera el mensaje, quizá ese fuese el significado de aquellas páginas en blanco.

Pero había llegado tarde. Ya solo podía mirar hacia atrás.

Aquella noche fui por última vez a la cafetería de Ferraz y tomé una cerveza en la barra, en el mismo sitio que ocupaba cuando ella me abordó. Había sido un milagro, pues los milagros a veces se disfrazan de casualidad: que hiciera un día de luz pura, que yo entrara allí, que lo hiciera justo después ella,

que estuviese a la vista mi cámara, que ella necesitara unas fotografías... Y los milagros no tienen un final feliz, si se continúa la historia: ¿acaso no volvió a morir Lázaro, acaso no volvieron a pasar hambre quienes comieron aquellos panes y aquellos peces?

Dejé la cerveza a medias y paseé por el parque del Oeste hasta llegar al templo de Debod. Empezó a llover. Quieto, me dejaba mojar por aquellas gotas enfermas, preñadas de polvo del Sahara. No había nadie a quien enseñarle una bandera blanca, pero tampoco nadie contra quien luchar. Hacía bochorno y caía un agua sucia, y

qué importaba eso. Hasta las piedras y el polvo estaban menos solos que yo.

El retrato 80

Me fui de vacaciones con mis hijos al norte. Regresé a finales de agosto. Ya había empezado a resignarme, a vivir más de los recuerdos que de las esperanzas.

Una tarde compré dos Clicks de Playmobil y se los envié a mi sobrina

por su cumpleaños. Ese mismo día vi el anuncio de un concurso de fotografía. Los temas eran: un ave, una persona, el monumento a Don Quijote y Sancho en la plaza de España. Elegí el monumento. Fue allí con mi cámara, pero había varias personas fotografiándolo.

Se me ocurrió hacerlas con un ángulo diferente, desde arriba. Hablé con el portero de un gran edificio que dominaba la plaza y que estaba casi vacío. Querían remodelarlo y vender los pisos, y no renovaban los contratos de alquiler. A cambio de una propina, el portero me permitió entrar en un apartamento de la última planta que se

podía visitar, la treinta y cinco, y quedarme cuanto quisiera. Me asomé a la barandilla. Una ancha cornisa entorpecía el ángulo picado que buscaba.

Fui a comprar un arnés. Por la tarde volví al rascacielos. Atardecía, y una luz amarilla bañaba las fachadas y los tejados, los coches y los árboles, bajo un cielo azul oscuro que comenzaba a enrojecer en el horizonte. Me abroché el arnés, lo enganché a la barandilla, cuya resistencia comprobé echándome hacia atrás violentamente, y quedé colgado, con los pies apoyados en el borde de la cornisa. Un viento tibio me azotaba.

Realicé unas fotos maravillosas de Madrid, esa ciudad que durante un tiempo demasiado corto me había amado intensamente. Me autorretraté entonces con las gafas de mi padre, suspendido en el vacío. Se me cayeron cuando iba a guardarlas, y vi cómo se precipitaban hacia la acera. Aunque descendían muy rápido, las veía caer lentamente, zarandeadas por el viento, hasta convertirse en un punto negro y luego en nada. Y suspendido en el vacío, con el final de la Gran Vía a mis pies, pensé que sería muy fácil soltarme y caer. ¿No es eso todo enamorado que ha sido expulsado del Paraíso, un ángel caído?

Pero supe que jamás iba a hacerlo. Quería seguir vivo, aunque doliera. Quería agarrarme a la vida, como lo quería mi sobrina. Aunque ahora el color de mi vida fuera el gris, aunque mi corazón se hubiera encogido y arrugado. Quería vivir, aunque la vida fuera ese dolor. Era preferible el sufrimiento a la nada.

Y no iba a presentarme a ese concurso ni a ningún otro. Jamás. Quería hacer fotografías por placer, por buscar algo que no sabía qué era. No por competir ni para demostrar nada a nadie. Para mí mismo y para Irina, aunque jamás pudiera enseñárselas. Comprendí todo

eso mirando la Gran Vía desde las alturas.

Ya en la plaza, busqué las gafas, pero no encontré ni rastro de ellas. Sentí una pena profunda, porque era como perder un poco más a mi padre. Por una torpeza, ya ni siquiera tenía sus gafas.

En casa miré el autorretrato en el ordenador, y sentí un golpe que me dejó sin aliento. Con ellas puestas me parecía muchísimo a mi padre, mucho más de lo que nunca había sospechado. Esa era la fotografía número 80. Y pensé que cuando me autorretraté en presencia de Irina ella había borrado de mis ojos mi expresión dolida, esa expresión que

ahora afloraba en todo mi rostro, en cada una de mis arrugas y líneas y sombras. Ahora sí, ahora yo completaba la serie, el retrato de Gafas. Yo ocuparía la esquina inferior derecha del rectángulo de diez por ocho.

La clavé en el corcho, y al rellenar el hueco me sentí completamente vacío, como un globo pinchado.

El contacto de unos labios en una mejilla

Un buen día mi hijo, que acababa de entrar en la universidad, me pidió ir a vivir conmigo. Alquilé un piso con tres habitaciones y me fui de Lavapiés. Compré un tablero de DM, pegué las ochenta fotografías, las barnicé y lo

coloqué en el salón.

En una ocasión, ya en el ecuador de la carrera, me preguntó quién era la mujer de la fotografía que tenía en la cómoda.

—Una antigua amiga.

A menudo iba al Prado a las horas en las que era gratis, pues seguía sin sobrarme el dinero. Recordaba entonces las historias que había leído en aquella Biblia olvidada, en mi época oscura. Aunque hubiera mucha gente, pocos se paraban ante *Moisés salvado de las aguas*, un cuadro del Veronés del que me gustaba el momento elegido, una joven enseñando al niño abandonado a la hija del faraón y una anciana

dispuesta a arrojárselo con un paño. Un niño abandonado, como Gafas. Y ese sobrenombre, el Veronés, me hacía tener aún más presente a Irina, y me dolía. Acudían a mi memoria entonces alguna de sus expresiones feroces, voy a cortarte la cabeza, voy a enterrar tus ojos. Y bajo su dureza y frialdad, su dulzura. Una mujer en la armadura de un caballero medieval.

Llevé alguna vez a mis hijos y a Adela, mi sobrina que ya no era gótica. Veíamos las pinturas de los grandes maestros, Velázquez, Goya y muchos más. Quería que comprendieran que con lo espantoso se pueden hacer cosas

bellas, a partir de unos fusilamientos un cuadro emocionante e inmortal, y que eso era a la vez esperanzador y terrible. Les llevaba a ver *David vencedor de Goliat*, «Ven hacia mí y daré tu carne a las aves del cielo y a las fieras del campo», el único Caravaggio del museo, en el que aparecía el pastor atando los cabellos de su trofeo, *Salomé con la cabeza del Bautista*, de Tiziano, en el que Salomé porta en una bandeja el pago por su danza, *Judit y Holofernes*, de Tintoretto, que me recordaba a cuando Irina se había arreglado para mí en el día de su cumpleaños, *Se bañó toda, se ungió con perfumes exquisitos, se*

compuso la cabellera poniéndose una cinta, y se vistió los vestidos que vestía cuando era feliz, en vida de su marido Manasés. Se calzó las sandalias, se puso los collares, brazaletes y anillos, sus pendientes y todas sus joyas, y realzó su hermosura cuanto pudo, con ánimo de seducir los ojos de todos los hombres que la viesan, en el que Judit se disponía a decapitar al general asirio, mientras su criada abría la alforja para guardar la cabeza.

—Papá —me dijo mi hija un día—, ¿por qué te gustan tanto esos cuadros?

—Porque fui feliz al perder la cabeza por una mujer —bromeé, hablando en

serio.

Había un pasaje del Nuevo Testamento que siempre me había inquietado, desde niño, el de Cristo en la cruz, gritando: «Eloí, Eloí, ¿lemá sabactaní?». El Prado exhibía un cuadro de Goya que representaba ese momento. «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?».

¿Cuántas veces se habría preguntado eso Gafas, pensando en su padre?

Y también eso me recordaba a Irina, y me afligía. ¿Por qué me has abandonado? ¿Dónde estás, dónde te fuiste? Sabía la respuesta a la primera pregunta, pero me la formulaba como si

la ignorara. Y aunque fuera ella quien se había sacrificado, yo también me sentía como una víctima. ¿Me llegaría alguna vez alguna noticia suya? ¿Aunque solo sea saber que estás viva, que estás sana?

A veces me quedaba distraído.

Uno de esos días, al salir del museo, paseamos los cuatro por el Retiro. Vimos el Palacio de Cristal, y llegamos después a la escultura de Benlliure.

—El Ángel Caído —dije—. Alguien que tocó el Cielo y lo perdió.

—¿Sabéis que está a seiscientos sesenta y seis metros sobre el nivel del mar? —intervino mi hija.

Otro pasaje bíblico que seguía

impresionándome era el de la traición de Judas Iscariote. El Prado conservaba *El beso de Judas*, de Luca Giordano. «Aquel a quien yo dé un beso, ese es, prendedle y llevadle con cautela». Resultaba desolador que el beso más famoso de la historia fuera precisamente el de Judas Iscariote. Treinta monedas, una traición.

Y entonces me acordaba de cuando nos conocimos hacía años, cuando yo había dejado la cámara de fotos sobre la barra de un bar de Ferraz, y ella me dio su primer beso, en la mejilla, y nos dimos nuestros nombres, como se entregan las llaves de un jardín. Un beso que no

había sido nada, ni una traición ni una prenda de amor, sino una mera formalidad, y que sin embargo había sido en cierto modo el principio y el final de todo.

Continué realizando fotografías sin ganar dinero, por el puro placer de hacerlas, continué siendo un modesto artista al que nadie conocía, un artista secreto que recorría cámara en mano las calles de Madrid oculto o protegido por el más absoluto anonimato.

Algunas noches soñaba con un viejo sin rostro que ponía una inyección a una mujer desnuda y tendida de espaldas sobre una cama de matrimonio, y abría

los ojos angustiados. Otras, soñaba que estaba en la Arena viendo una ópera con Irina. Y cuando despertaba, durante unos instantes felices y borrosos creía estar respirando el aire de Verona. Entonces me levantaba y miraba la fotografía de una Irina sonriente y misteriosa, y volvía a sentir el contacto de unos labios suaves y ligeros sobre mi mejilla. Y me miraba en el espejo y comprobaba que estaba envejeciendo. Aunque conservaba el cabello, ya brillaban algunas canas. Nuevas arrugas habían surgido junto a las antiguas, que se marcaban más. Habían aparecido pequeñas manchas en la piel y habían

comenzado a formarse bolsas bajo mis ojos.

¿Dónde había leído aquel cuento? Lo recordaba así: un hombre joven se salva de milagro de morir imprevista y prematuramente. Aprovecha la circunstancia para pedirle a la Muerte que no se lo lleve por sorpresa, que le avise antes para que pueda prepararse. La Muerte se lo concede. Pasan los años, y la Muerte se presenta para llevárselo. El hombre se queja. ¿Cómo vuelves a venir a mí así, de improviso? Te rogué que te anunciaras con suficiente tiempo como para poder aprestarme para partir y accediste, y no lo has

cumplido. ¿Cómo que no lo he cumplido?, responde la Muerte. ¡Llevo mucho tiempo mandándote avisos para que te prepares, tal como me pediste! ¿Acaso no te he quitado los dientes, no he blanqueado tus cabellos, no he nublado tu vista? ¿Acaso no he endurecido tus articulaciones y debilitado tus músculos?

Sentía que una parte de mí ya había muerto con mis padres y con la ausencia de Irina. Sentía que nos morimos a plazos.

Vas a un funeral y estás feliz

Habían pasado, pues, varios años desde la última vez en que la había visto, cuando una mañana llegó un mensajero con un sobre. Lo habían enviado a mi vieja dirección de Lavapiés. Había una nota de mi antigua vecina, la vigilante del Reina Sofía: «¿Te acuerdas de que

una vez me cogiste tú un paquete? A mí tampoco me gusta deber nada a nadie. Un abrazo...». Contenía una acuarela, representando una bandera rusa y una española enlazadas, con un crespón negro. Y un breve texto: «Irina Nóvikova, viuda de G. T., le avisa del funeral por su esposo». Y la fecha, el lugar y la hora. Nóvikova. El apellido que nunca había sabido. Irina Nóvikova. Era aquella misma tarde.

Me puse un traje oscuro y una corbata discretamente alegre.

—Me voy de viaje —anuncié.

—¿Adónde? —preguntó mi hijo.

—A un funeral.

—Papá, esto es raro —dijo mi hija.

—¿El qué?

—Vas a un funeral y estás feliz.

Saqué un billete del AVE Madrid-Zaragoza. Tenía el tiempo justo.

En el tren miraba el cielo, retazos azules rodeados por nubes blancas y grises. Una imagen de una belleza tan repetida y cotidiana como espectacular. Hacia allí me dirigía. El paisaje corría veloz a mi izquierda. Lo devorábamos. Cerraba los ojos, pensaba en ella y tenía que contenerme para no gritar de felicidad. Un olivar, un campo arado, las ruinas de una fortaleza en lo alto de una colina, un camino polvoriento que

serpenteaba, un palomar: todo me parecía hermoso y digno de ser recordado.

En la estación cogí un taxi. Llegué al final de la misa y esperé en el fondo de una nave lateral a que terminara. Ví a Irina de luto, frente al altar, recibiendo el pésame de los escasos asistentes. Me asaltaron los miedos que en el tren había mantenido a raya. ¿Era realmente ella? ¿Y si todo era un error? ¿Y si no nos reconocíamos, y si había cambiado, y si todo había muerto entre nosotros? Me puse el último en la cola.

Aunque ya todos se habían despedido y recorrían los pasillos en dirección a la

salida, me contuve todavía durante unos instantes. Intenté calmarme, que mi respiración recuperara el ritmo normal. Irina había presentado mi presencia y miraba hacia abajo, temerosa como un reo que ignora si le aguarda la condena o la absolución. Por fin, incapaz de prolongar ni un segundo más aquel momento, avancé un paso y aparté delicadamente, con dedos temblorosos, un mechón que tapaba su frente. Sentí un escalofrío al tocarla. Pensé decirle que iba a borrar la lágrima de su corazón y que el amor no es un ángel herido, pero callé. A menudo el silencio habla mejor que las palabras.

Irina se estremeció y tardó lo que me pareció un siglo en alzar los ojos bañados en lágrimas, y al reconocermelo todo su rostro se iluminó como si acabara de encenderse una vela, una vela que ni sus lágrimas ni todas las lágrimas del mundo podrían apagar.

—Has tenido paciencia —susurró—.
Has sabido esperar.